los días de mercurio

(la iniquidad II)

alexis ravelo

Alexis Ravelo

LOS DÍAS DE MERCURIO

LA INIQUIDAD II

© Alexis Ravelo Betancor, 2010 © Anroart Ediciones, S.L.

Primera edición, febrero 2010
Diseño cubierta: Fernando Martínez 'Montecruz' - Beginbook Corrección y maquetación: Beginbook
Anroart Ediciones, S.L.
C/ Santa Juana de Arco, 46
35004 Las Palmas de Gran Canaria www.anroart.com
ISBN: 978-84-92628-61-2 Depósito Legal: GC-47-2010

Impreso en España
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

para creer al menos que de verdad vivimos y que la vida es más que esta pausa inmensa, vertiginosa,
cuando la propia vocación, aquello
sobre lo cual fundamos un día nuestro ser, el nombre que le dimos a nuestra dignidad vemos que no era más
que un desolador deseo de esconderse.
Jaime Gil de Biedma. Aunque sea un instante.

No, no quisiera volver,
Sino morir aún más,
Arrancar una sombra,
Olvidar un olvido.
Luis Cernuda. Donde habite el olvido.

I know where I am. Herman Melville. Bartleby, The Scrivener.

Decidí chantajear a Uribe por dinero. No se me ocurre otro motivo para hacer algo así.

No le odiaba. Ni siquiera me caía mal del todo. Daba buenas propinas; cuando estaba de buen humor, me llamaba para preguntarme mi opinión sobre el tema de la tertulia o para contarme alguno de sus chistes de putas y marineros; alguna vez me regaló un farias.

Pero yo necesitaba dinero, él lo tenía, y yo sabía unas cuantas cosas vergonzosas sobre él. No me resultó difícil combinar esas tres circunstancias y convertirlas en una oportunidad para huir con Pilar de aquella ciudad gris donde yo llevaba un par de años llamándome Pedro y ella toda una vida convertida en un trozo de carne.

Le pedí prestada la máquina de escribir a Pepe Viera. Era una Underwood. Aún recuerdo las teclas redondas y la letra m fuera de línea. Compré papel del bueno y escribí a dos dedos una breve nota acusatoria en cuya redacción puse toda la literatura que había podido aprender de las novelas de gánsteres. Por último, metí la nota en un sobre en el que había escrito su nombre.

Cerca de su casa había un callejón discreto. Allá me aposté. Sabía que, cada tarde, su mujer y su hija iban a rezar el rosario donde don Cosme. Esperé a verlas salir para estar seguro de que Uribe estaría solo.

Me acerqué, como quien da un paseo, a la entrada de la casa y, cuidando de que nadie se fijara en mí, deslicé la carta por debajo de su puerta. Luego golpeé con la aldaba y seguí caminando. Por desgracia, no podía quedarme a ver la cara que pondría el pelirrojo al leerla.

No es difícil adivinar quién no se es.

Sé que no soy joven ni rubio ni mujer ni rico. Eso es fácil averiguarlo.

Lo difícil, lo casi imposible, es saber quién se es; mirar una foto, enfrentarse a un espejo, leer unas iniciales escritas tras un nombre de pila en una página de sucesos y decir: ese soy yo.

Porque, para empezar, uno no tiene demasiado claro qué quiere decir con la palabra “yo”. Pero también, y sobre todo, nunca se está completamente seguro de que ese reflejo, esa imagen, esas letras lo representen a uno.

Nunca fui muy listo. No me dediqué jamás a eso de estar horas y horas haciendo cábalas y filosofías, como hacía Viera, por ejemplo. Pero aquí el tiempo parece pasar tan despacio (sé que no es más que una impresión; que, en realidad, me queda muy poco) y hay tan pocas

actividades para llenarlo que se acaba pensando demasiado y en demasiadas cosas. Y a veces hasta parece que esas cosas en las que se piensa son importantes.

El cuaderno es mío y pienso escribir en él lo que se me dé la gana. No voy a tener mucho tiempo para hacerlo, así que no pienso perder la oportunidad de pensar, aunque sea a última hora.

Es necesario reflexionar sobre todo esto, para que el asunto se entienda como es debido. Para, al menos, poder entenderlo yo. Quiero decir: yo hice lo que hice y se supone que soy lo que soy, pero yo, en realidad, no soy el que hizo aquello, ni el que es eso que dicen que soy.

Alfonso Uribe era pelirrojo. Pelirrojo y rico. Y era poderoso.

Se había casado con la hija de don Marcial, dueño de la textil y de la conservera, y que, por herencia, tenía once arrendatarios en el Valle. Al morir el viejo, a Uribe le había tocado la de catorce, porque su cuñada, la beata, no entendía de negocios y dejó que el fortachón se pusiera al frente de todo. Además, era jefe local de Falange y había sido alcalde hasta el cuarenta y ocho. Y eso le había servido para situarse todavía mejor. Luego, cuando el cargo comenzó a suponer más molestias que ventajas, había colocado en él al marido de una de sus hermanas. Así todo quedaba en familia.

Venía casi todos los días, pero nunca faltaba a su cita de los jueves con don Cosme, el cura, don Sabas, el boticario, y el cabo Fagundo, que eran sus amigos de partida. A veces, si el cabo tenía alguna urgencia del servicio, se les unía Torres, que se pasaba la partida levantando, para vigilarme, su enorme cabezota de cornudo.

Uribe también venía los sábados, pero sin los otros tres. Solo, con traje azul marino, sin la insignia con el yugo y las flechas que normalmente llevaba en la solapa, aunque sí con sus gemelos de oro, que tenían grabada la inicial de su apellido. Llegaba temprano, recién cenado en casa, seguramente, y se tomaba dos veteranos. Uno de un golpe, casi sin darme tiempo a cerrar de nuevo la botella. El segundo pausadamente, dándole pequeños sorbos.

Entonces se le soltaba la lengua y era cuando contaba chistes y hacía bromas y me preguntaba cómo me iba la vida y cuándo me iba a ir de una vez a Madrid a probar suerte y me decía que tipos como yo había pocos, que debía confiar en mí mismo y que si necesitaba algún contacto allá para trabajar, que él me recomendaba, que no había problema, que de verdad, que contara con él.

Pero yo sabía que todo esto era causado por el efecto del primer coñac, por la circunstancia de encontrarse a solas conmigo en el bar vacío y porque aún no había llegado la persona a quien él esperaba.

Esa persona llegaba siempre poco después de las diez, antes de que el bar comenzara a ambientarse. Le ignoraba minuciosamente, se sentaba en el otro extremo de la barra y pedía un vermú. Solía sacar uno de esos cigarrillos finos, ingleses, y me pedía fuego. Nada más mirarlo, uno sabía lo que era. Su traje gris perla cruzado y ceñido, las corbatas de colores chillones, el pañuelo a juego sobresaliendo del bolsillo como un tulipán, el anillo de sello de oro, el cabello negro, con raya a un lado y brillantina hasta las raíces, dejando unos pequeños rizos apelmazados en la nuca y tras las orejas, el brillo juguetón en los ojos castaños, el bigotito fino en medio de aquel rostro de afeitado perfecto: hasta el más mínimo detalle de su apariencia evidenciaba qué era lo que le gustaba o, más bien, lo que no le gustaba.

Nadie en la ciudad le conocía. Pocos le habían visto. Llegaba en el cercanías de las nueve, comía algo en la estación y venía al bar. Consumía su vermú y su cigarrillo, vigilando disimuladamente hasta que Uribe se marchaba. Esperaba entonces unos minutos, pedía la cuenta y se iba también.

Nadie le veía rodear el edificio y llegar hasta el callejón de atrás, donde Uribe había dejado aparcado su Renault.

Nadie espiaba cómo subía al automóvil, que se ponía en marcha rumbo a las afueras, al pinar de Santa Rosa o al Pico Pintado, por donde tampoco nadie se aventuraba a esas horas, por miedo a los lobos, los jabalís y el maquis.

Y, por supuesto, nadie sabía lo que los dos hombres hacían cuando el automóvil al fin se paraba y los cristales se iban empañando con el vapor de sus respiraciones. Así que nadie escuchaba los jadeos ni los sonidos acompasados que producía la fricción de la carne contra la carne.

Como el regreso solía ser en plena madrugada, cuando hasta el cabaré había cerrado, tampoco veía nadie cómo el Renault se paraba a unos cientos de metros de la estación y el hombre más joven se apeaba y caminaba lentamente, fumando, preguntándose si ya estaría cerrada la taquilla y si el revisor tendría cambio de cincuenta pesetas.

Nadie sabía nada, salvo yo. No porque se encontraran en el bar. De hecho, no era allí donde se encontraban, sino en el callejón, y yo soy astuto pero no tan listo. Si lo sabía era casi por casualidad. O porque el azar así lo había mandado. Da igual. El caso es que desde la primera ocasión en que el más joven apareció por el bar, yo reconocí en él a Ramiro López Calle, compañero de colegio y amigo de juegos cuando yo aún iba al colegio y aún tenía amigos. Y él me reconoció a mí.

Aquella primera noche, Ramiro se dirigió a la estación, pero no

tomó ningún tren. Esperó allí hasta el amanecer, y después, quitándose la chaqueta para no llamar la atención, volvió al bar cuando todavía estaban dando misa y yo me preparaba para abrir.

Golpeó el cristal con su anillo. Respondí al tintineo yendo a abrir sin sorpresa porque, de alguna manera, ya le estaba esperando.

Saludos, ese día, hubo los mínimos.

Yo sabía quién era él y cuáles eran sus aficiones. Se rumoreaba en el barrio desde que éramos niños. Por eso sólo pude ser su amigo hasta que se le hicieron notorios la mano blanda y el afeminamiento. Aunque siempre le quise bien, no podía dejar que nos relacionaran. Ya se sabe cómo es la gente. Creo que jamás me lo tuvo en cuenta. Supongo que lo comprendió, pero no estoy seguro; nunca hablamos de ello.

Él sabía quién era yo. Sabía por qué había tenido que marcharme y seguro que todos estos años, como todo el mundo, me había dado por huido a Francia o Venezuela.

Por ende, ese encuentro, aquella mañana, en la penumbra del bar, con las sillas a medio colocar en torno a las mesas y oloroso todavía a la cerveza y el vino derramados la noche anterior, tuvo mucho de reunión de conspiradores, de conferencia entre proscritos.

No se pronunciaron amenazas ni se mostraron suspicacias. Hablamos a media voz, con la cordialidad justa pero cortés de quienes se saben en peligro pero pueden solucionarlo jugando bien sus cartas.

Él comenzó la mano mostrando las suyas. Me contó, sin que hiciera demasiada falta, el negocio que se traía con el gordo. No había regresado a nuestra ciudad. Ahora vivía en Zaragoza. No me dijo si tenía algún oficio, así que supuse que debía de haber unos cuantos Uribes más a lo largo de la red ferroviaria y que, entre todos, costearían los trajes, las corbatas, las joyas, la brillantina. A mí no me asombra nada. Y me son absolutamente indiferentes las preferencias que cada cual tenga en la cama.

En no más de diez minutos acordamos un pacto de silencio. Ni siquiera intentó sobornarme con parte de los cuarenta duros que Uribe le daba a ganar cada sábado. No era tonto y sabía que, de los dos, quien más tenía que perder era yo.

Tampoco hicimos más preguntas ni mayores indagaciones. Sellamos nuestro acuerdo con un tibio apretón de manos y le acompañé a la puerta. Únicamente, cuando ya iba a cerrar tras él, Ramiro se volvió un momento y preguntó cómo me llamaba ahora.

—Pedro —le contesté—. Pero mejor para los dos que te dirijas a mí lo menos posible.

Asintió con una media sonrisa y se alejó con paso discreto. Aceleró

cuando, estando él todavía a mitad de la plaza, la gente comenzó a salir de la iglesia.

Mi padre era maestro nacional. Un hombre íntegro. Severo. Inflexible. Amante de la poesía, la historia y la filosofía. Eso me hacía admirarlo. Pero también odiarlo, porque pronto comprendí que nunca podría compartir esas aficiones. Soy demasiado desmemoriado, demasiado torpe y, sobre todo, demasiado vago.

Cuando era niño, me obligó a aprender de memoria los nombres de todas y cada una de las calles del barrio. También me hizo memorizar horarios y líneas de autobuses y tranvías, los itinerarios desde distintos puntos céntricos de la ciudad hasta nuestra casa. Solía repasar, con severidad y rigor, mis conocimientos. Me sometía a duros interrogatorios en los que, sobre un imaginario mapa de la ciudad, explanaba diferentes situaciones hipotéticas que, según él, era más que probable que acabaran dándose. Si respondía satisfactoriamente, me obsequiaba con una barra de regaliz. Si no, consumía ante mi mirada envidiosa esa misma golosina, ostentando una fingida e hiperbólica fruición (años más tarde, mi madre me confió que el sabor del regaliz era una de las cosas más detestadas por mi padre). Acabado el interrogatorio, finalizada la sanción, mi padre daba por terminado el tratamiento diciendo una y solo una frase. Siempre la misma y siempre pronunciada con igual solemnidad: “Recuerda siempre el camino a casa porque es lo único a lo que siempre podrás aferrarte”.

Ahí hay un ejemplo de mis relaciones con mi padre: me grabó en la mente un consejo acertadísimo, pero conocerlo me hacía desgraciado, porque siempre me supe incapaz de seguirlo.

Volver a casa era imposible. En mi caso, porque hubiera significado, con toda seguridad, la muerte. Pero también porque cuando se han cruzado ciertos puentes, no hay manera humana de volver a casa: la casa no es la misma, ni es el mismo el que vuelve. Está claro: hubiera sido más feliz de no haberlo sabido.

Ya estoy otra vez como Viera. Es difícil evitarlo. Aunque esta vez sí que viene a cuento, pues eso era exactamente lo que sentía cuando Pilar volvía a ponerse las bragas y retocarse mientras yo terminaba de adecentarme para ir a abrir el bar.

Si he comenzado a hablar de Pilar con ese recuerdo de infancia es porque cada vez que pensaba en ella era esa la sensación que tenía: la de estar completamente perdido en un laberinto de calles desconocidas y no tener la más remota idea de cómo regresar a lugar seguro.

Eso, por supuesto, cuando pensaba en ella. Si estaba con ella era distinto: no pensaba en esto porque, simplemente, no pensaba.

Pilar era unos muslos blancos y dos pechos pequeños de pezones duros. Pequeños y firmes, salpicados de pecas más claras que las que tenía de su espalda, que eran del color de la canela. Pilar era, además, olor. Un olor ácido y dulce al mismo tiempo. A sexo, sudor, lejías y jabón de barra. También a café, cuando venía a la cocina después de la siesta y decía aquello de Ya se fue a lo suyo, antes de subirse el vestido y besarme al tiempo que hurgaba en mi bragueta. Era la humedad de su lengua y sus labios, y su voz un poco ronca, como la de esas cantantes negras americanas que se oyen ahora, o como la Bacall en aquella película de Humphrey Bogart en la que ella se ganaba los cuartos cantando en un cafetín. Y era jadeos profundos y dos ojos castaños que se le encendían como faroles cuando estaba tumbada sobre la encimera, con las piernas abiertas, dejándose penetrar a empellones constantes, con la cara oculta a medias por el pelo negro. Y era unos dientes blanquísimos mordiéndose el pulgar para no gritar.

Pilar era eso: una mujer, casi una niña, que bajaba al bar cada tarde en cuanto su marido se marchaba a sus cosas. Las “cosas” de Torres estaban cerca del molino de Virtudes.

Al principio, Pilar era impetuosa y brutal. Me la cogía y la apretaba, o me la restregaba con la palma de la mano un par de veces, con el único fin de ponérmela dura o comprobar que ya lo estaba, antes de quedarse con las tetas al aire, bajarse las bragas y abrirse de piernas sobre la mesa o la encimera. Poco a poco, encuentro a encuentro, fui acostumbrándola al beso y la caricia, a retrasar el momento del estallido, a ralentizar el ritmo justamente cuando estábamos a punto de explotar, a dejar que mi lengua navegara en el mar hirviente de su sexo. Ningún sexo de mujer me supo nunca como me sabía el de ella. Aquel sexo apretado que se hinchaba y se dilataba nada más lamerlo una sola vez.

A veces la cogía por detrás, le levantaba bien las faldas y la embestía lentamente pero con fuerza, haciéndole daño. Sus gemidos de dolor se mezclaban con suspiros de complacencia y yo no podía resistirme a darle unos cachetes en aquellas nalgas también rosadas y carnosas. Entonces los gemidos aumentaban y yo la aferraba por el cuello, asfixiándola un poco más a cada empellón. Eso duraba poco tiempo, porque cuando yo hacía eso, cuando la estrangulaba y mis dedos en su garganta y mi sexo en el fondo del suyo la atenazaban al mismo tiempo, ella se corría enseguida, diciendo mi nombre, llamándome cabrón y pidiéndome que siguiera. Y yo, al verla así, no podía resistirme y eyaculaba casi a la vez, con el tiempo justo de asirla por el pelo y obligarla a ponerse de rodillas para que el semen le

salpicara la cara y el pecho. Entonces, ella entreabría los labios y me lamía; limpiaba todo el esperma que quedara en mi miembro, antes de metérselo en la boca y succionarlo fuerte, muy fuerte, como queriendo tragar hasta la última gota de vida que quedase en mi cuerpo. Eso me hacía desfallecer de placer y dolor y acababa asiéndola nuevamente por la melena y tirando fuerte, provocando que me clavara los dientes entre ahogados gritos de placer, lo cual hacía aumentar el gusto y el sufrimiento y la fuerza del tirón y de esta forma seguíamos hasta que no podíamos más y caíamos, exhaustos, en el suelo de la cocina, aún sucio de la noche anterior.

Así era el sexo con ella. Brutal y desaprensivo, descarnado y sincero, sucio y feliz. Sin disimulos. Sin prolegómenos innecesarios. Sin reparos de meapilas y beatas. Era por vicio y por fornicio. Nos utilizábamos mutuamente, con egoísmo, con indiferencia.

La ternura, quizá, venía después, en una caricia hecha en el pómulo con el dorso de la mano o en un beso en los labios o el cuello mientras volvía a arreglarse la ropa y el pelo y yo me subía los pantalones.

No hablábamos demasiado. A veces me decía que yo había sido el único, aparte de Torres. O me contaba lo malo que era hacerlo con él.

Se había casado a los dieciséis. Sus padres eran arrendatarios de Torres, que se había quedado viudo hacía unos años. Así que el viejo, más que enamorarla, casi la había comprado. Había comprado aquella carne tierna que ahora, tres años después, yo hacía estremecerse todas las tardes. Y las habilidades domésticas de aquellas manos que me masturbaban despacio y con fuerza si teníamos tiempo de hacer algo más. No había comprado, por supuesto, el deseo. Eso era mío. Quizá antes había sido de algún otro.

Pilar siempre lo negó, siempre insistió: sólo Torres y yo. Pero no era difícil imaginar a otro camarero o a un jornalero antes de mi aparición. O a un primo bracero antes que Torres, tomando aquellas tetas que cabían justo en la palma de la mano o magreando aquel coño jugoso, aquel culo turgente que se retorcía al más mínimo contacto.

Alguna vez hablamos de la posibilidad de ir más allá de aquellos encuentros furtivos. Una vez, poco después de mi charla con Ramiro, le propuse que se fugara conmigo.

—Con el tren, la frontera no está tan lejos —le dije.

—Nos alcanzarían antes de llegar a la frontera. Además, ¿para qué? ¿Para morirnos de hambre? Aquí, al menos, comemos caliente. Los dos.

Lo dijo con el mismo desdén con que me preguntaba delante de

Torres por qué no había renovado el aserrín.

—¿Y si tuviéramos dinero? ¿Te vendrías conmigo?

—Con dinero sería otra cosa —se limitó a decir.

Creo que entonces yo ya había comenzado a darle vueltas a la idea, sin darme cuenta. Pero cuando Pilar dijo esa frase comencé, sin que ninguno de los dos lo supiera, a buscarme la ruina. El hombre que lo desencadenó todo entró en el bar un par de meses después, un martes por la tarde. Hacía calor y la gente estaría aún en casa, prolongando la siesta.

Pilar acababa de irse. Yo notaba en mí la huella de su sudor de hembra; la boca todavía me sabía a sexo. Macario todavía no había llegado para hacer las meriendas. De todos modos, nadie vendría hoy. Seguro que se estaba mejor en la penumbra de los patios o a la fresca en el río.

Pero aquel hombre despreciaba el calor. Llevaba un traje gris oscuro, corbata, camisa blanca de puños y cuello duro. Tenía unos sesenta años y estaba gordo como un cerdo en vísperas de matanza. El sudor se le había escurrido por el cuello desde la frente calva y le amarilleaba el almidón. Recuerdo que imaginé cómo debía de estar por dentro el cuello de aquella camisa: negro como un nublado, hediondo como carne agusanada.

Dio las buenas tardes, muy educado. Tomó sitio en la barra, pidió un chinchón con agua, pagó en cuanto le serví y se puso a leer un libro que había sacado de no sé dónde. Había algo de refinado y obsceno a un tiempo en la manera en que fruncía sus gruesos labios mientras sus ojos iban acariciando las letras. El libro era de poesía.

El hombre no era de por allí. Eso estaba claro. Tampoco tenía pinta de ser uno de esos viajantes de comercio. Esos llevan maleta y sonríen más de lo que sonreía este, intentando ser simpáticos y venderte peines y hojillas gillete en cuanto te descuidas. Él era amable y tenía una sonrisa bobalicona, no una de esas sonrisas interesadas de viajante de comercio.

Unos diez minutos más tarde, levantó la cabeza como si repentinamente hubiera recordado algo importante y me llamó. Me preguntó si conocía a un tal Ramiro. Un hombre joven, que, según pensaba él, solía venir de vez en cuando. El gordo no parecía de la policía. Aun así, sopesé la pregunta y las posibles respuestas. Estaba por decir que no, pero el individuo puso un duro sobre la mesa. Eso terminó de decidirme. Le dije que solía venir los sábados por la noche. El forastero asintió, comprendiendo; me dio las gracias y me dijo que confiaba en mi discreción, metiéndome otro duro en el bolsillo de la camisa.

Le dije que a mandar. Luego me volví a la barra y me puse a repasar vasos. Un rato más tarde, cuando llegó Macario y levanté la cabeza, el gordo ya no estaba.

El catre en el que duermo ahora fue antes ocupado por muchos otros. El cubo en el que hago mis necesidades sirvió a otros muchos antes que a mí. Las cuatro paredes, el rectángulo de cemento que, más que celda es tumba, está repleto de firmas, de maldiciones, de súplicas, de oraciones escritas por quienes se pudrieron aquí antes que yo.

Y, después de mí, otros pobres diablos arañarán la miseria de la cal para dejar su huella, usarán mi cubo como letrina, aguardarán a sus pesadillas en mi jergón.

El paso de un hombre por el mundo es insignificante. Resulta indiferente si eres pobre o rico, joven o viejo, guapo o feo. Una vez te meten entre estos muros, todo da exactamente lo mismo. Porque a quienes los han levantado únicamente les interesa una sola y exacta cosa: que el hombre que penetra en ellos desaparezca para siempre. De aquí se puede salir unos años más viejo. También en una caja de pino. Pero jamás vuelve a salir el hombre que entró. Ese individuo muere para siempre la primera noche que pasa en este cementerio de la esperanza. Sin embargo, no somos los únicos encarcelados. Hay muchas formas de vivir en prisión. Esta es solo una.

Supongo que Uribe y Ramiro vivían cada uno en su propia cárcel. Y Pilar. Incluso Viera. Es posible que lo que ocurrió, antes bien que una desgracia, haya supuesto, para ellos, una liberación. Viera nunca sospechó nada. Para él siempre fui un tipo que había acabado allí por casualidad. Un individuo gris y algo aburrido, un sparring dialéctico que se dejaba aburrir todavía más por sus peroratas interminables a cambio del tabaco que compartía conmigo cada mañana.

Los domingos por la tarde yo no trabajaba y él salía más temprano de la redacción, así que íbamos juntos al cine Maravillas y después paseábamos por las calles, tristes y oscuras, hablando de la película, que siempre era de vaqueros o de suspense o de aventuras. A las de amor no íbamos nunca. Nunca dijimos por qué, pero estoy seguro de que él sentía el mismo pudor que yo de ver una película sentimental junto a otro hombre.

Los paseos solían acabar en el cabaré. Todo el mundo lo llamaba "el cabaré", pero no era más que un triste puticlub con un bar, un salón, tres cuartuchos, una madame y dos putas. Solíamos ir sobre todo a primeros de mes, cuando aún nos podíamos permitir un servicio con la Adela o la Gladis. Yo sabía que Viera iba también, en alguna ocasión, los martes, porque salía más temprano de la redacción

y porque la Gladis le tenía querencia y le hacía descuentos en los días flojos.

Los domingos solía haber clientela, así que esperábamos nuestra vez tomando orujo. Yo, en silencio, adivinando las carnes blancas y jugosas de la Miriam menearse detrás de la barra. Viera, como siempre, sin parar de hablar, dando el perfil a la Miriam, interrumpiéndose a veces cuando ella pasaba a nuestra altura en su deambular entre la botella y el bebedor de turno, para echarle algún piropo de oficio que ella acogía con una media sonrisa profesional.

La Miriam no recibía. Como dijo en cierta ocasión, se le habían secado las ganas de hombre. Se limitaba a mantener el orden, controlar el bar y las cuentas, y, como ella decía, velar por el trato adecuado entre los caballeros y las señoritas. Reservada y diplomática, siempre correcta, haciéndose respetar igualmente por parroquianos y rameras, mantenía siempre la distancia con el interlocutor valiéndose, precisamente, de su sonrisa, que parecía llevar tatuada y era como el foso de un castillo.

En alguna ocasión, sin embargo, llegué a notar una mirada de simpatía sincera, como si yo le recordara a un hermano muerto, a un hijo del que había tenido que desprenderse, a un amor adolescente que la había hecho feliz en algún momento. Quizá eso fue lo que me hizo ponerme en sus manos cuando las cosas se pusieron delicadas.

Viera me hablaba de libros que yo no había leído, de escritores a quienes jamás había oído nombrar y de ideas que, sin embargo, me resultaban familiares, hasta el punto de que incluso hubo un tiempo en que maté y me arriesgué a que me mataran por ellas. Pero yo conocía bien a los tipos como Viera. Militantes de salón. Camaradas de biblioteca. Elaboradores profesionales de discursos que hacen que la gente joven coja el fusil por esos ideales de los que ellos reniegan en cuanto la cosa se pone fea y alguien amenaza, no ya con matarlos, sino incluso con darles un par de guantazos. Yo le escuchaba hablar a media voz, pero con vehemencia, de luchas de clases, de plusvalías, de caciques y capitales, de revoluciones y federalismos, y, mientras bebía mi orujo, le decía con los ojos (en los que nunca supo leer) que él no tenía cojones, que en la barra del bar se puede ser muy valiente, muy reformista y muy revolucionario, pero que no hubiera tenido cataplines para coger una pistola, amartillarla y ponerla en la cara de alguien, y mucho menos si el otro también estaba armado. De hecho, solía preguntarme dónde coño habría estado él durante la guerra. Nunca le hice esa pregunta, porque de su silencio al respecto siempre deduje que había estado esos casi tres años escondido debajo de una mesa o detrás de las faldas de su mamaíta. Hoy sé que me equivocaba,

pero individuos como Viera (o como yo, por aquella época, pensaba que era él) eran los que me habían llevado a mancharme las manos de sangre, los que me habían convertido en un triste proscrito que, por no tener, ya no tenía ni nombre. Si no hubiera sido tan ingenuo, si no me hubiera dejado embaucar, si les hubiera escuchado con la misma incredulidad distante con que ahora escuchaba a Viera, otro gallo me habría cantado. Pero yo era adolescente e ingenuo y, por qué no decirlo, bastante más imbécil que ahora.

Cuando se explayaba en sus eternas peroratas sobre el capital, la ideología y el opio del pueblo, Viera me producía más lástima que repugnancia. Lo sabía bienintencionado y lo adivinaba generoso. Sin embargo, me decía a mí mismo, su boca hacía apuestas que sus huevos nunca podrían cubrir. Parecía un sábado cualquiera. De hecho, comenzó como casi cada sábado por la noche, con Uribe llegando y pidiendo su primer coñac. Pero algo cambió esa noche, porque justamente cuando yo servía el segundo, entró el otro hombre, el gordo del traje gris, y, tras saludar, se sentó a la misma mesa que había ocupado la vez anterior.

Uribe se desentendió de él y me preguntó si había visto la película de la semana pasada en el Maravillas, la de Alan Ladd. Yo la había visto. Era una de vaqueros. Un poco aburrida. En realidad, eran casi todas iguales: el muchacho de la película llegaba al pueblo, se enfrentaba a los malos y al final iba a buscar a la chica. O salía del pueblo, se enfrentaba a los indios y volvía a buscar a la chica. O acosaban a los criadores de ovejas y entonces el muchacho los defendía, y al final, se quedaba con la chica.

En esta, en cambio, el muchacho era un forastero que defendía a unos granjeros y la chica era la mujer del granjero, así que el muchacho no se quedaba con ella. Había un niño rubio, que tenía un poco de cara de tonto (según Viera, se había escapado de un cuento de un tal London) y, al final, después de matar al malo, el forastero se iba mientras el niño le llamaba. La cosa es que yo creo que él iba ya muriéndose en el caballo. Viera y yo discutimos sobre eso, porque él decía que, aunque iba herido, no había muerto. En todo caso, me daba exactamente igual. Le comenté esa conversación a Uribe.

—Mira, no sé. Para mí que iba muerto —contestó—. Pero el tiro que le mete al tipo de negro, no lo aguanta ni un elefante. ¡Pam Pam! —imitó, como si me disparara a mí con su índice—. Eso es un tío con dos cojones, sí, señor. Como los cabales. ¿Verdad, amigo? —añadió, volviéndose de improviso en dirección al hombre gordo.

Me quedé sorprendido. El otro también. Nos miró de hito en hito desde su rincón. Aunque estaba en la oscuridad, podíamos adivinar

hacia dónde se orientaba su cabezota.

—No he visto esa película, lo siento.

Viera dio completamente la espalda a la barra y avanzó un paso en dirección a la mesa.

—¿No le gustan las del oeste, amigo?

Lo vimos negar con la cabeza varias veces. Después se levantó y salió de la penumbra, con su copa en la mano y dirigiéndose a la barra.

—Prefiero las de aventuras. ¿Vio El conde de Montecristo? La de Arturo de Córdoba, digo...

Uribe celebró el título.

—Sí, señor. Esa está muy bien. Usted es de los míos. Tómese algo, amigo... —invitó, antes de volverse hacia mí— Pedro, ponle una copita al caballero por mi cuenta.

El hombre pidió un chinchón con agua. Se lo serví, preguntándome qué ocurriría cuando llegara Ramiro.

Mientras, Uribe se había presentado, locuaz y cordial. Cuando pidió su nombre al gordo, este le tendió la mano, diciendo:

—Edmundo Dantés, para servirle.

El pelirrojo soltó una de sus carcajadas, ante la meliflua sonrisa del otro.

—Esta sí que es buena, en serio. ¿Has oído, Pedro? Edmundo Dantés. No, en serio, ¿con quién tengo el gusto?

El forastero permaneció en silencio, sin dejar de sonreír. La risa de Uribe, en cambio, se fue extinguiendo, hasta que al fin comprendió que el gordo no tenía intención de decirle cómo se llamaba. Entonces se inauguró un silencio helado. Se midieron con los ojos. Tras un minuto de mutua inspección, como dos carneros que estuvieran a punto de arremeter el uno contra el otro, Uribe habló muy lentamente, dando un mordisco a cada una de las sílabas que pronunciaba.

—Aquí somos gente de orden. Por eso todos tenemos nombre, como está mandado. ¿Cuál es el suyo?

Noté cómo las carnes del mentón del gordo temblaban ligeramente. Debía de estar ocurriendo algo similar con sus rodillas.

—Miguel Hernández Altolaguirre —acabó por decir, tendiendo nuevamente la mano hacia Uribe, quien la estrechó con fuerza.

Logré disimular la risa a duras penas. Por suerte, Uribe era una bestia parda y sabía más bien poco de poetas.

—¿Ve usted lo fácil que es llevarse bien? —decía sin soltar la diestra del gordo— Aquí todos nos llevamos bien. Todos somos amigos. ¿Verdad, Pedrito?

Me vi obligado a decir que sí.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad? Nunca le había visto—observó, volviendo a coger su copa.

—No, señor. Tiene razón —respondió el desconocido—. Estoy de paso.

—¿Tiene familia por esta zona?

—No. Vengo de Almendral del Campo. Tenía un par de horas libres hasta que pasara el tren a Zaragoza y preferí dar una vuelta por la ciudad.

—Ah, está de viaje. ¿Vive en Zaragoza?

—Sí, señor. Trabajo en la Universidad.

Uribe mostró una sorpresa teatral y afectada, acompañada de ruido de golpes sobre la barra con la palma abierta, acompañando a un:

—¡Vaya! ¡Todo un catedrático!

—En realidad no soy...

—¿En qué facultad?

—Filosofía y Letras, pero...

—Mira, Pedrito... —le apostrofó Uribe—. Un literato entre nosotros. ¡Cuánto honor!—se volvió hacia él, palmeándole el hombro— La patria necesita personas como usted, que enseñen a los jóvenes nuestro tesoro literario: Garcilaso, Espronceda, El Cid Campeador, El Quijote...

El gordo estaba azorado. Intentaba imponer una pausa, pero Uribe no lo dejaba hablar. Parecía estar intentando pronunciar hasta el último nombre de escritor o libro que le viniera a las mientes, desplegando el escaparate de una erudición tan arbitraria como espuria.

—Pero, claro, no todo va a ser tradición —continuaba perorando—. También están nuestros maestros actuales: don Leopoldo Panero, don Luis Rosales, don José María Pemán... Y no nos podemos olvidar de los jóvenes. ¿Enseñan ustedes ya a Camilo José Cela?

El hombre gordo aprovechó la pausa para beberse de un trago lo que quedaba de su copa, secarse los labios con la punta del pañuelo y mirar el reloj.

—Es tarde. Perderé mi tren. Muchas gracias por la invitación, caballero.

Después de inclinar la cabeza a modo de despedida, se volvió para marcharse. Uribe hizo ademán de detenerle, pero Ramiro entró en el bar justo en ese instante, y la mano que ya iba a ponerse sobre el hombro del gordo, volvió a apoyarse sobre el borde de la barra. El extraño y Ramiro se miraron unos segundos. Evidentemente, se conocían. No sé si Uribe se dio cuenta. Para él, lo único que contaba

en ese momento era que Ramiro había llegado, así que el otro perdió automáticamente todo interés para él. Tras la sorpresa inicial, Ramiro dio las buenas noches y ocupó su banqueta de costumbre. El gordo, simplemente, se fue.

Uribe volvió a su coñac y le dedicó un último pensamiento, murmurando con rabia:

—Maricón.

Fui leal mientras pude. Después descubrí que nadie ni nada merece lealtad. Ni siquiera uno mismo. Cuando te conviertes en una bestia de monte a quien todos han olvidado, lo único que se puede hacer es apretar los dientes, cerrar bien el culo y aguantar. Aguantar el miedo. El frío. El hambre. Las fiebres traidoras. Las diarreas interminables. Aguantar los piojos, la tiña, las garrapatas, el hedor de los cuerpos de tus camaradas que, como tú, llevan semanas sin bañarse. Aguantar su mal aliento. Aguantar sus manías.

Allá arriba había uno que tenía la costumbre de silbar una melodía. Siempre la misma. Una de aquellas canciones de guerrilla que se pusieron de moda en las primeras semanas de la guerra. Era uno joven, de los que habían estado con el POUM. Se llamaba Ernesto. Todavía creía en algo. En que podíamos ganar, al menos, alguna batalla. Estuve casi diez años arriba. Nunca participé en ninguna victoria. Ni siquiera cuando lo del Valle de Arán y la Operación Reconquista. Sólo en pequeñas escaramuzas en las que podíamos acabar con algún guardia o cortar un camino. Sólo en huidas, en las cuales siempre mataban o herían a uno o dos de los nuestros. Sólo en horas y más horas de juego del escondite con unos cabrones que, si te descubrían, te pegaban un tiro. Caíamos cada vez con más frecuencia. De uno en uno, de dos en dos, íbamos cayendo y el grupo era cada vez más pequeño. Pero aquel pesado del silbido persistente tenía una suerte endemoniada: siempre se salvaba, aun de las peores. Se salvaba y seguía silbando. Y yo, secretamente, deseaba que fuera el próximo. Pero jamás lo era.

Una vez nos sorprendieron en plena noche. Apenas nos dio tiempo de agarrar los morrales y las armas. Dos camaradas se quedaron atrás, cortando el paso a los guardias, intentando entretenerlos mientras los demás nos escabullíamos monte arriba. Los tiros de los nuestros dejaron de oírse pronto. Ernesto y yo nos rezagamos. Ascendíamos por la pared casi vertical y, unos metros más abajo, sospechábamos el ascenso de los números. Otros habían quedado en la falda de la colina y hacían puntería contra nosotros. Oía cómo las balas de máuser daban en la piedra junto a mí. Y sentía, a mi derecha, el bulto abominable de aquel muchacho a quien simplemente odiaba por su

manía de silbar aquella cantinela infinita. El chico se agarraba a lo que podía, salientes de roca, matas o raíces, mientras intentaba no perder el morral, que no le había dado tiempo de cruzarse y pendía de su hombro izquierdo. Ya casi llegábamos. Yo me había adelantado y pisaba en firme. Veía, al otro lado de la cima, los bultos oscuros de nuestros compañeros descendiendo hacia la garganta que el monte formaba al otro lado. Una vez allí, entre la vegetación, nos convertiríamos en fantasmas. Ninguno de ellos se volvió. Seguro que, entre la oscuridad, ni siquiera se habían percatado de que nos habíamos quedado atrás. Me volví y me asomé al abismo. Ernesto ya casi estaba arriba. Veía, más abajo, los tricornios a los que las linternas arrancaban lascas de reflejos plateados. Armé el naranjero, lancé una ráfaga inesperada por encima de la espalda del chico y los guardias cesaron durante unos segundos de ascender y de disparar, cubriéndose como el Diablo les dio a entender. Nunca sabré si logré darle a alguno. Tendí la mano al chico, para ayudarlo en el último tramo. Él la agarró fuertemente y quedó colgado por un instante, mirándome entre las sombras. Estoy seguro de que sonreía. Le ayudaría a terminar el ascenso, tiraría otra ráfaga, sin tan siquiera apuntar, huiríamos. Y él volvería a salvarse y a soñar con victorias, silbando su cantinela eterna e insoportable mientras limpiaba su fusil, o preparaba las gachas o cagaba detrás de un mato. Continuaría con su optimismo imberbe y su silbido persistente hasta que un día le prendieran o, sencillamente, le rompieran la columna de un disparo. Ernesto confiaba en mí y utilizó la mano izquierda, que aún le procuraba algún asidero, para acomodarse mejor al hombro el morral. Entonces me lo pensé mejor y le solté.

Cuando me reuní con el grupo, no hube de decir demasiado. Ya nos habíamos acostumbrado a no mirar atrás, a no dar ni pedir demasiadas explicaciones, a no preocuparnos por lo inevitable. Simplemente, cuando en el recuento pronunciaron su nombre, bajé la vista y dije: “No”.

Uribe miraba hacia un desconchado en el barnizado de la barra. Había perdido su buen humor habitual del segundo coñac y mantenía allí la vista, mientras se preguntaba, acaso, qué era exactamente lo que había sucedido hacía un momento. Era animal de costumbres. La conducta del forastero le había desorientado. Yo serví el vermú de Ramiro y me sumergí, en un rincón de la barra, en la lectura del diario, que durante todo el día había sido leído y manoseado por la clientela y ya no era un diario sino un montón de papeles manchados de grasa y huellas de café con leche en forma de culo de vaso. En realidad no leía. Pero no deseaba participar de la incomodidad del

pelirrojo. Me limitaba a esperar a que pagara y se fuera a hacer puñetas de una buena vez. De pronto, dio una nueva palmada sobre la barra, con el fin de llamar la atención.

—¡Pedrito! Dime qué te debo, hazme el favor —mientras yo hacía los cálculos, agregó—. Y no te olvides de apuntarme lo del catedrático de los cojones.

Pagó y se marchó, lanzándole una mirada de odio a Ramiro justo al pasar junto a él. Pensó que yo no la vería, pero la vi.

Tras su partida, Ramiro esperó unos minutos antes de mostrarme una expresión de pánico.

—¿De qué estuvieron hablando? —me preguntó.

—¿De qué estuvieron hablando "quienes"? —le espeté, malhumorado.

—Uribe y Wence.

—¿Quién coño es Wence? —inquirí, haciéndome el tonto.

—¿Pues quién va a ser? Wenceslao. ¿Quién más había aquí? ¿Te estás choteando de mí?

Me acerqué hasta encararme con él y le escupí:

—A mí no me metas en tus mierdas. Ya es suficientemente peligroso que rondes por aquí como para encima tenerte que hacer de espía.

Se le notaba el terror en el rostro. Aun así, tuvo la suficiente presencia de ánimo para intentar marcarse un farol.

—Te recuerdo que te conviene que mantenga la boca cerrada y...

Ni siquiera salí de la barra para agarrarlo por el cuello de la camisa y alzarlo hasta que su rostro quedó tan cerca del mío que se nos mezclaron los alientos.

—¿Me estás amenazando, bujarrón? —mascullé— A ver si te voy a tener que cerrar la boca para siempre...

Se quedó todavía más pálido y más asustado. Su última baza para tener algo a lo que asirse tampoco le había resultado. Lo solté, más por miedo a que alguien entrara en ese momento que por ganas de hacerlo. Disimuladamente, en silencio, como un perro que se lame una herida en un rincón, se arregló el cuello de la camisa y la corbata, con la mirada fija en el suelo.

Con más tranquilidad, le dije:

—Acábate tu puto vermú y sal de aquí de una vez. No traes más que problemas. No tenías que haber asomado nunca por aquí esa cara de mierda.

Estoy seguro de que lloraba cuando dio media vuelta y se dirigió a la salida. Quizá fue la lástima lo que me llevó a añadir:

—Hablaron de películas.

Se paró un instante a mirarme, ya con la mano en el picaporte. A su gesto de sorpresa, respondí:

—Sí. De películas y de poesía. Poco más. Nadie te nombró. Y ahora saca de una vez tu culo a la calle.

Debí dedicarme a lo mío. Debí olvidarme de aquellos tres y lavar los vasos. Aprovechar que aún no había nadie en el bar para beberme un orujo y liar un cigarrillo en la cocina. Pero un demonio intrigante que llevo dentro me dijo que la cosa no había acabado allí. Por eso fui al almacén de atrás, apagué la luz para no delatarme y miré por el ventanuco enrejado. Efectivamente, la cosa no había acabado; la cosa acababa de empezar.

Se encontraba lejos, pero supe enseguida que era Uribe quien estaba apoyado junto a la portezuela de su Renault. Fumaba con gesto contrariado, mirando de vez en cuando al puro como si le supiera a mierda. Vio la silueta titubeante de Ramiro acercándose desde la esquina, pero fingió no percatarse de su presencia. Cuando Ramiro llegó a su altura, sencillamente, le propinó una enorme bofetada. Ramiro cayó al suelo de culo y allí quedó sentado, mientras Uribe le decía algo que, seguramente, no era un halago. Y justo en ese momento, apareció la otra figura, la del hombre gordo, Wenceslao, que debía de estar escondido por allí cerca y corrió a socorrer a Ramiro. Sin embargo, Ramiro le apartó de un empujón y el gordo se quedó en desequilibrio, con la espalda apoyada contra la carrocería. Uribe le agarró por las solapas y comenzó a discutir con él. Procuraba no alzar demasiado la voz y, tras cada insulto, miraba alrededor, temiendo que alguien pudiera estar siendo testigo de la escena, más ridícula que triste. Ramiro se puso en pie e intentó asirlo por el hombro para que se tranquilizara, pero el pelirrojo le dio un codazo en la boca que volvió a enviarlo al suelo.

Por fin, Uribe empujó lejos a Wenceslao, que se tambaleó un momento, a punto de perder el equilibrio. Luego se recompuso y regresó hacia donde estaba Ramiro. Esta vez, Uribe le propinó un derechazo que, inclinado hacia delante como estaba, le alcanzó el pómulo izquierdo y lo envió al suelo en posición fetal. Ramiro fue ahora quien quiso ayudarlo a él, pero Uribe ya lo había alzado y lo empujaba hacia el automóvil. El pelirrojo se movía pesada, implacablemente, con una fuerza densa que yo no le habría supuesto jamás. Abrió la portezuela y, al parecer, ordenó al pelele en el que Ramiro se había convertido que se metiera en el coche. Éste, más por la amenaza que debió de acompañar a la orden, que por el empujón de Uribe, obedecía sin rechistar en el instante en que Wenceslao volvió a levantarse y a abalanzarse sobre ellos.

Desgraciado, pensé, quédate en el suelo, imbécil. Pero una obstinación inútil le impedía desistir. Uribe le empujó una vez más. En esta ocasión no cayó. Se quedó apartado a unos pasos e hizo otro intento. Ahora Uribe sacó algo que los asustó a todos, incluyéndole a él mismo. Vi la luna brillar sobre el cañón de la pistola que Uribe esgrimió, no empuñándola por la culata, sino aferrándola por el cuerpo, como si se tratara de una piedra. Sin embargo, el gordo, aunque amedrentado, no hizo ademán de huir.

Vi alzarse la mano de Uribe y descargar pesadamente sobre la cabeza de Wenceslao, con un golpe seco que incluso yo pude oír claramente.

Por un momento, todo se paró. Wenceslao, con la mano a medio camino de su occipital, sin la suficiente presencia de ánimo para llegar a su destino; Uribe, con las piernas arqueadas y el arma preparada para una nueva agresión; Ramiro, dentro del coche, intentando salir para evitar aquello que era inevitable. Todos quedaron en suspenso durante unos segundos. Después, de pronto, Wenceslao se desplomó, con la cabeza abierta.

Vi cómo Uribe se inclinaba sobre el cuerpo del gordo, comprobando su estado. Vi cómo Ramiro salía del auto y se situaba al otro lado, buscándole el pulso y el aliento. Vi a los dos amantes mirarse y hablar en voz baja, odiándose y culpándose mutuamente. Después les vi titubear un momento, discutir, seguramente, sobre lo que habría de hacerse, confusos, asustados. La confusión les duró poco. Arrastraron el cuerpo de Wenceslao hasta la parte trasera del Renault y, tras varias intentonas, consiguieron introducirlo en la cabina. Del maletero, Uribe sacó una manta y, entre ambos, la acomodaron sobre el cuerpo. Finalmente, mirando en derredor, acuchillando las penumbras con los ojos, ocuparon los asientos delanteros. El automóvil se puso en marcha en dirección a la salida de la calle. Al pasar ante el ventanuco pude ver la mancha escarlata que la sangre había dejado en la portezuela del conductor. Fue sólo un instante, pero yo ya la suponía o la adivinaba, y quizá por eso pude verla antes de que el coche y sus ocupantes se perdieran entre las fauces de la noche. Me bajé del monte porque me había cansado de andar de acá para allá. Demasiados años masticando el miedo. Demasiada esperanza tirada por los caminos, en el fondo de los barrancos, en lo profundo de los bosques, en la aspereza de las laderas. Al menos al principio. Y, después, una vez disuelto el grupo, muchas identidades y lugares y oficios distintos, hasta convertirme en el fantasma de mí mismo. Me llamé de tantas formas que apenas recordaba mi verdadero nombre. Un día me pregunté a qué lugar

podría ir en que no hubiera estado ya. Y entonces surgió el nombre de aquella ciudad monótona, turbia y pequeña, que figura sólo en los mapas más precisos.

Aún era demasiado arriesgado pasar a Francia. Dejaría transcurrir un tiempo, quizá unos meses. Reuniría algo de dinero y, un buen día, acaso un domingo, cruzaría la frontera.

Encontrar trabajo no resultó difícil. Menos lo fue encontrar pensión. Así que me instalé, dispuesto a dejar pasar esos meses que acabaron convirtiéndose en un par de años. Al comprobar que nadie me buscaba, que nadie me seguía la pista, me fui acomodando. Dejaba que la vida se me fuera sirviendo a aquellos cerdos, yendo al cine o al cabaré con Viera, leyendo noveluchas y buceando en el sexo sucio y dulce de Pilar. De no haber estado ella, puede que me hubiera acomodado menos, que me hubiera marchado antes. Pero estaba. Y tampoco me resultaba muy difícil permanecer allí.

Me daba igual estar en un sitio que en otro. ¿La libertad? ¿Acaso tendría más libertad en cualquier otro lugar? Soy tan libre ahora, entre estas cuatro paredes, como en Moscú. En cualquier sitio donde haya leyes, donde haya propiedad, donde haya algo sagrado, esa libertad no es más que supuesta; una mentira para que los cretinos se maten por ella. En Francia, por ejemplo, estaban los presuntos "compañeros", aquellos señoritos que establecían comité tras comité y nos transmitían órdenes imposibles de cumplir antes de irse a tomar cafés en un bistró hasta que llegara la hora de la retransmisión de Radio Pirenaica. Los mismos que en el 48 nos abandonaron a nuestra suerte porque la federación, porque el partido, porque José Stalin y su puta madre habían decidido que había que optar por un cambio de estrategia. ¿Los jodidos? Los de siempre.

Pienso en el chico del POUM. Se llamaba Ernesto, pero me ha costado recordar su nombre de guerra. Era Santiago. El chico confiaba en mí. Creo que me veía como a un hermano mayor o algo así. Alguna vez, entre concierto de silbidos y concierto de silbidos, me había contado que era de Almendral del Campo. Su padre era guarnicionero. El único de la aldea. Vivía allí, en la planta alta de su taller, situado en una callecita tras la iglesia. Almendral del Campo quedaba cerca de la ciudad, pero nunca tuve la tentación de acercarme hasta allí. Era mejor dejar en paz a los muertos. El periódico del martes traía una breve nota en Sucesos contando que había sido hallado un cadáver en el pinar de Santa Rosa. Simplemente eso: lo habían encontrado.

La censura está para algo, y al Movimiento no le convenía dar demasiada notoriedad a ninguna noticia sobre la alteración del orden. Eso me lo dijo Viera el martes por la noche. Al parecer, el de Sucesos

quería ponerla en primera y a tres columnas. Pero de arriba había venido la orden de enviar la noticia a donde, según ellos, correspondía y reducirla a media columna, sin fotos y sin entradilla. Arriba era, como ya me había contado Viera alguna vez, la censura. Su jefe de redacción la llamaba, sencillamente, arriba y era un teólogo bajito y con bigote que solía mirar con lupa los artículos que publicaba el periódico, muy especialmente los de Viera, los cuales enviaba, cuando resultaban demasiado llamativos, a Falange.

Así que el periódico traía una nota en una de sus últimas páginas, contando escuetamente que un agricultor había hallado el cadáver de un hombre de mediana edad.

Pero mientras exista un bar en este país, nada podrá mantenerse en secreto. Es el único sitio donde uno puede estar seguro de andar bien informado. Y yo me pasaba media vida en el principal bar de la ciudad. Por el cabo Fagundo, se supo que el difunto tenía abierta la cabeza y unos cuantos golpes más. Los otros eran puñetazos o patadas, pero lo de la cabeza debía de haber sido con algo contundente: una cachiporra, una piedra, un martillo.

No le habían matado allí. No había señales de lucha, ni demasiada sangre. El difunto tenía encima la cartera con su documentación, pero sin una perra chica.

Así fue como se supo que se trataba de Wenceslao Ferrer Ibarra, natural de Zaragoza, domiciliado últimamente en esa misma ciudad. Era soltero. Su padre había muerto en la guerra y vivía con su madre en la casa familiar. Era bedel de la Facultad de Filosofía y Letras. Uribe tuvo que reprimir su sorpresa cuando Fagundo le contó esto último.

—Para mí que a ese lo quitaron de en medio para robarle, aunque vaya usted a saber, porque era uno de esos tipos raros —le dijo el cabo a Uribe.

Hablaban desde hacía rato, apoyados en un rincón de la barra. Yo, a unos pasos, simulaba no oírles, distraído con mis cosas. Uribe se rascó la cabeza y se hizo el tonto. Evidentemente, le convenía averiguar todo lo posible de lo que supieran quienes investigaban; asegurarse de que nadie podría sospechar de él.

—No termino de entenderte bien.

—Era soltero y vivía con la madre... —masculló Fagundo con complicidad, esperando a que el otro diera muestras de haber captado el mensaje. Pero Uribe continuó poniendo cara de seguir en Babia. Así que el cabo terminó por decir—: Un invertido. Un maricón, coño. Sarasa perdido...

—No me jodas...

—Sí. Parece que al angelito le habían trincado ya en alguna redada en Barcelona, en pleno Paralelo, en un cabaré de esos de transformistas.

—Ah, comprendo...

Fagundo continuó con su línea de razonamiento.

—Pues bueno, para mí que se lo cargó un puto de esos... El individuo no tenía pinta de gustarle a nadie si no pagaba primero... Se vestía bien, pero era gordo como una albacora. Así que se ha dado por supuesto que es de los que pagan... Quien mal anda, mal acaba... En fin, que se están indagando esos ambientes en toda la comarca.

Noté cómo Uribe me miraba. Y sé lo que se estaba planteando: la conveniencia de contar que el gordo había estado en el bar el sábado por la noche. Mientras tanto, el cabo continuaba largando.

—Hay tipos así: maricas jóvenes que van de pueblo en pueblo, haciendo guarradas con bujarrones mayores. A cambio de dinero... Una vergüenza...

Uribe continuaba pensándoselo y mirándome. De pronto, toda la mala leche que llevo dentro se me revolvió. No le di la oportunidad de decidirse. Me planté ante ellos y hablé con Fagundo.

—Disculpe, don Nicolás —dije—. Igual puedo ayudar... Le acabo de oír decir que el finado era un hombre gordo que vestía bien.

Fagundo echó la cabeza hacia atrás. Solía tratarme, como todos, con superioridad. Estuvo a punto de soltarme que nadie me había dado vela en ese entierro. Pero imagino que la posibilidad de averiguar algo por su cuenta y marcarse un tanto con los de la capital, le pareció lo suficientemente atractiva como para tolerarme.

—Así es —dijo secamente.

—Igual es uno que estuvo aquí el sábado por la noche. ¿Se acuerda, don Alfonso? —pregunté a Uribe, para meterlo de una vez en el ajo—. Usted le invitó a una copa y todo...

Uribe me odió secretamente, pero tuvo que continuar bailando el fox trot.

—Caramba, es verdad... Eso mismo estaba yo pensando, Nicolás. Era un tipo raro, bien vestido. Estuvimos hablando de películas. Nos dijo que venía de Almendral del Campo y que iba para Zaragoza. De pronto se dio cuenta de que perdía el tren y se fue.

Asentí, para apoyar la versión de Uribe. Fagundo pensó unos segundos y luego reflexionó en voz alta.

—Pues parece que no llegó a coger ese tren... Pedrito, ¿había venido ese hombre alguna vez por aquí?

—Que yo recuerde, no, don Nicolás.

En ese instante me di cuenta de que había abierto una puerta que

quizá me hubiese convenido mantener cerrada. Lo siguiente que preguntaría Fagundo era si había alguien más en el bar, alguien del pueblo o algún forastero. Pero, por suerte para mí (y para Uribe), el cabo no tenía una inteligencia muy fina. Se limitó a rascarse la barbilla, ensimismado.

—Ya decía yo que el gordo ese era un tipo raro... —comentó Uribe— ¿No te lo dije yo, Pedro? ¿No te dije que me olía a chamusquina?

Tuve que asentir. No me quedó otro remedio. Sin embargo, añadí:

—Pero, bueno, después de todo, la víctima es él, ¿no?

Eso le jodió.

—En fin, sarasa más, sarasa menos...

Fagundo se le quedó mirando un momento. Luego se volvió hacia mí y me pidió la cuenta. Aquí tengo mucho tiempo para pensar. Es lo único que me queda. Me refiero a pensar. En cuanto al tiempo, me queda más bien poco. Por eso lo aprovecho e intento poner orden en ese potaje turbio que es mi memoria. Y cuando alguien me interrumpe, monto en cólera. Eso me ocurrió la semana pasada, en el patio. Estaba sentado en el suelo, en un rincón, barruntando, cuando uno de los matones que hay por aquí se plantó ante mí y empezó a hacerse el gracioso conmigo delante de sus compinches. Le dejé amenazarme un poco, para ver si se cansaba. Pero no lo hizo. Más bien, eso le dio alas. Así que decidí que su momento de gloria había pasado.

Para empezar, le di una dentellada en la pierna. Mordí fuerte, profundamente, hasta que noté el sabor de la sangre mezclándose con el regusto acre de la tela sucia de su pantalón. Cuando me hube asegurado de que el dolor le inmovilizaría, me puse en pie, me coloqué tras él y, asiéndole por las orejas, le estampé la cara contra el muro una y otra y otra y otra vez. Quería borrársela. Convertirla en un caos sanguinolento. En el amorfo rostro del pánico.

Al soltarlo, se desplomó, sin conocimiento, y comencé a patearle las costillas hasta que vinieron los guardias a reducirme. Lo hicieron a golpes de porra y puñetazos. Está bien. Es su obligación. Que disfruten o no cumpliendo con ella resulta totalmente indiferente.

Me encerraron una semana en la celda de castigo. He pensado mucho pero no he podido escribir. Y debo darme prisa, porque me queda mucho que contar.

A Ramiro comenzaron a buscarlo el jueves. No resultó difícil que dieran con su pista. Al parecer, la Brigada investigó en los locales que Ferrer frecuentaba en Zaragoza. Según pude entender de las charlas de Fagundo con Uribe y con el boticario, algunos individuos sospechosos

fueron interrogados. Yo sé lo que supone ser interrogado en este país. Palizas interminables, privación del sueño, amenazas incompasivas, trato de gusano inmundo en un siniestro universo de puertas cerradas y uniformes grises. El nombre de Ramiro surgió inevitablemente, de labios de un camarero, de un cliente o de otro puto tan joven, tan solo y tan triste como él.

—Está en busca y captura. Acabarán por trincarlo.

El boticario, que era un enclenque miedica y repeinado, expresó su temor a que apareciera por la ciudad.

—No creo que se le ocurra asomar el hocico por aquí, Sabas —le dijo el cabo.

—Pero el asesino siempre vuelve al lugar del crimen —insistió el otro, provocando una risita ahogada en Fagundo y en Uribe.

—Parece que se fue de su pensión el mismo domingo por la mañana. Le dio tiempo de pasar a Francia o de tomar un barco en Barcelona. Si tú fueras él, ¿volverías por aquí, donde no se te ha perdido nada?

El boticario lo sorprendió con una pregunta que, estoy seguro, le puso la piel de gallina a Uribe.

—¿Tú estás seguro de que no se le ha perdido nada aquí? ¿Nadie se ha preguntado que hacían esos dos por esta zona, si vivían en Zaragoza?

Se hizo un silencio, que Fagundo empleó en reflexionar y Uribe, supongo, en buscar una respuesta.

—Ferrer dijo que venía de Almendral del Campo —recordó.

El cabo se volvió hacia él.

—Hombre, Alfonso, pudo mentir perfectamente. En Almendral tampoco hay noticia de que nadie le conociera. Pero lo que sí es cierto es que por aquí no se le había perdido nada.

—De todos modos —dijo Uribe—, el tal Ramiro debió de seguirlo hasta aquí. O se habían citado, vete tú a saber. Esos degenerados son muy listos para buscar sitios donde nadie les conoce.

—Sí —volvió a intervenir el boticario—. Pero, ¿y si fue al revés? ¿Y si fue Ferrer quien persiguió al Ramiro? ¿Y si el Ramiro era quien conocía a alguien aquí? No sé... Un familiar, un amigo... U otro invertido...

Me cagué mentalmente en la estampa del boticario, que nos había salido listillo. Supongo que Uribe hizo lo mismo antes de decir en tono ofendido:

—Vaya con el Sherlock Holmes de la rebotica... ¿A qué maricón conoces tú en la ciudad?

—A ninguno, Nicolás. Yo sólo quería...

—¡A ninguno! —le cortó el pelirrojo, tomando carrerilla—. ¿Y sabes por qué? Porque aquí no hay maricones. No hay maricones, ni comunistas ni anarquistas ni masones. Acabamos con todos en el 36. Y con los que no pudimos acabar, hicimos un paquete y les dimos una patada en el culo y los mandamos fuera, para que no volvieran más. Si a algún otro bujarrón o rojo se le ocurre asomar la cabeza por aquí —abrió entonces la solapa de la chaqueta y le mostró a don Sabas la culata de su pistola. Se había ido acalorando y hablaba cada vez más alto, soltando perdigones de saliva al rostro del boticario, cada vez más amedrentado—, los de Falange les enseñaremos lo que vale un peine. Y lo mismo haré yo con el que insinúe que en mi ciudad hay un solo maricón... Y si no me crees, nos damos una vuelta por el silo de...

Fagundo decidió que Uribe ya había hablado más de la cuenta.

—Bueno, ya está bien, Nicolás. Sabas sólo estaba especulando.

—¡Pues a especular a la bolsa! —gritó Uribe.

Tardó un rato en tranquilizarse, tras varias llamadas al orden y diversas disculpas del boticario, que se vio obligado, además, a invitar a una ronda. Justo en ese momento, llegó don Cosme y todos hicieron lo posible por disimular que habían discutido. No era asunto que quisieran contar delante del cura.

Yo me alegré de que fuera boticario, y no policía. De ser así, ya haría tiempo que andarían buscando en la ciudad a alguien relacionado con Ramiro. En todo caso, la única persona que podía relacionar a Pedro, el camarero, con Ramiro, era el menos interesado en hacerlo. Y, por suerte, absolutamente nadie sospechaba que Pedro, el camarero, no era Pedro, sino otro hombre criado en la misma ciudad, en el mismo barrio que Ramiro.

Pensé que lo mejor que podía ocurrir, lo más conveniente para mí, era que Ramiro escapara y que no le cogieran nunca. Porque, en cuanto lo cogieran, yo tendría que salir por pies. No esperaría ni siquiera el par de horas que harían falta para que comenzara a intentar ganarse el favor de la policía contando lo que sabía sobre mí. Porque si algo estaba claro era que negociaría con eso y no con lo que sabía sobre Uribe. Lo de Uribe no se lo creerían jamás. Y mucho menos de sus labios.

Pensé también que a estas alturas, tal y como había dicho Fagundo, estaría en Perpignan o en un barco rumbo vaya usted a saber dónde.

Lo que nunca pensé fue que esa misma noche del jueves, cuando ya todos se habían ido y yo terminaba de barrer el bar, escucharía el tintineo de un anillo en la puerta acristalada. En cuanto lo oí, supe que era él.

Ya no lucía tan bien peinado ni tan limpio. Su traje estaba arrugado y manchado de tierra. La brillantina había ido adhiriendo a su pelo todo el polvo del camino y su rostro presentaba una barba de tres días que, supongo, convenía a la situación. Llevaba una maleta de madera, que tenía que llevar bajo el brazo, porque tenía el cierre roto y se le abría constantemente.

—No se te ocurrió ningún sitio donde joder más, ¿verdad? —le reproché sirviéndole un vaso de coñac para que entrara en calor.

Hablábamos a oscuras. Yo había apagado todas las luces para que el sereno no viniera a importunar. Pero podía adivinar su rostro de hombre completamente deshecho.

—Me marché de casa el mismo domingo por la mañana. Sabía que tarde o temprano irían a por mí.

—Pues ya tuviste tiempo de poner tierra de por medio.

—Lo intenté. Llegué a Barcelona, pero los pasajes son muy caros. Entonces, pensé en ti.

—¿En mí? ¿Qué te piensas? ¿Que te voy a dar dinero? Aunque lo tuviera, que no lo tengo, no te daría ni una perra chica.

—No es eso. Por favor, escucha. Yo no tengo dinero, pero puedo conseguirlo. Para eso te necesito.

Bebimos otro vaso en silencio. Después, pensé.

—Bueno, por el momento, hay que llevarte a algún sitio donde no te encuentren. Tienes suerte de que no te estén buscando por aquí. Ahora te vas y me esperas a la salida de la ciudad, al norte, en la entrada al camino del molino de Virtudes. ¿Conoces el sitio?

Hizo memoria.

—Eso está siguiendo las vías hacia el pinar...

—Exacto. Ve tú primero. Yo iré detrás de ti.

Comprobé que no hubiera nadie en la plaza antes de hacerle salir.

Después dejé pasar unos minutos, cogí unas velas del almacén y anduve sobre sus pasos. Desde la plaza, tomé la calle Condeduque y doblé hacia el norte en la calle del Obispo. Calles desiertas y oscuras, con el empedrado humedecido por la lluvia reciente, farolas infrecuentes cuya luz tacaña arrancaba pobres reflejos a los muros de piedra y a los vidrios de las ventanas sin postigos.

Al llegar al final de la calle, dejé atrás las últimas casas, sintiendo el alivio de no haberme cruzado con nadie, porque si yo no lo había hecho, Ramiro tampoco.

Seguí la vía del tren hasta el lugar donde nos habíamos citado. Allí, junto a la cuesta de tierra que daba al molino, oculto en la cuneta, me esperaba, temblando, aquel pobre infeliz.

Cruzamos la vía, internándonos unos cientos de metros en el

bosque del Inglés, hasta que llegamos a la caseta.

La caseta era la ruina de lo que había sido en su tiempo un refugio de guardabosques que había quedado obsoleto debido al crecimiento de la ciudad y el trazado de la red ferroviaria; un mero cuadrilátero de ladrillo con una estufa y una cocina, carente de mobiliario a excepción de un catre asqueroso, dos sillas que crujían sólo con mirarlas y una caja de madera que algún vagabundo habría utilizado como mesilla de noche.

Pusimos la caja bocabajo, entre las sillas. Encendí las velas y las fijé con el esperma sobre la caja. Nos sentamos uno frente al otro y saqué una petaca de whisky barato, que empezamos a pasarnos. Cuando pienso en Ramiro, pienso siempre en la mala suerte. No tuvo suerte al nacer en un barrio como el nuestro. Si hubiera sido un privilegiado, sus ademanes, su afeminamiento evidente e inevitable, hubieran sido interpretados incluso como un signo de distinción. Pero nació en una barriada pobre, donde todo era escaso, insolente y brutal. Y cuando sus tendencias se hicieron indisimulables, no se lo perdonaron. Tampoco tuvo suerte durante el servicio militar. Le tocó Artillería y pasó toda la guerra entre los nacionales, intentando que no le mataran ni los republicanos ni los suyos.

Después de la guerra, comenzó a trabajar en Valencia como escribiente para una consignataria. En el ejército (a fuerza de llevarse palizas cada vez que no convencía con su representación) había aprendido bien su papel de hombre discreto y reservado, y durante unos años pudo mantener en secreto sus visitas nocturnas a los cabarés donde los amores clandestinos le ayudaban a no morirse de asco. Pero cayó en una redada y hubo de pasar unos años en la cárcel. Al salir, ya no había trabajo ni oportunidad de conseguirlo.

Se instaló en Zaragoza. Se había conservado bien. Tenía aún buena planta, gustos refinados, apariencia juvenil. Y entonces comenzaron a aparecer los benefactores, los wenceslaos, los uribes, los vaya usted a saber cuántos viejos verdes más, a quienes no les importaba que Ramiro se muriera de repugnancia cuando los tenía encima o debajo, con sus carnes fofas y sus vergas hedientas a orín y requesones.

Así que, ahora que pienso en Ramiro, supongo que lo que ocurrió no fue sino un paso más, acaso el último, en ese camino hacia el infortunio que fue toda su vida. Por eso no siento culpa ni remordimiento en las raras ocasiones en que me pregunto si yo podría haber hecho algo más por él. Pasamos mucho tiempo hablando, compartiendo cigarrillos y whisky. O, más bien, pasé mucho tiempo escuchándole hablar sobre su vida. Yo me limitaba a darle las réplicas, a espolearle con alguna pregunta cuando su monólogo languidecía. No

sé exactamente por qué lo hice. Quizá por curiosidad. Quizá por tedio. La lástima no cuenta entre las posibilidades. Sea como fuere, tardó un buen rato en mencionar a Ferrer.

—Wence estaba encaprichado conmigo. Decía que tenía algún dinero ahorrado. Que podíamos irnos a algún sitio donde nadie nos conociera. A lo mejor a Biarritz. O a Marruecos. O, que si no quería, podía irme a vivir con él y con su madre. De cualquier manera, quería sacarme de la calle, como él decía. —Sonrió con algo de ternura, dio una pitada al cigarrillo y prosiguió—. Se estaba poniendo muy pesado, así que dejé de verle.

—¿Cuándo?

—¿Qué importa cuándo? Hará tres o cuatro semanas. Pensé que se olvidaría, que se haría a la idea, que ojos que no ven corazón que no siente, que la distancia es el olvido y todas esas murgas. Pero la semana pasada me enteré de que había estado en uno de los sitios a los que voy y había amenazado a uno de mis amigos con montar un escándalo.

—Entiendo. Parece que su estrategia era dejarte sin clientela...

Me miró, algo ofendido, con esa dignidad que suelen enarbolar las putas.

—Si quieres llamarlo así... La cosa es que el sábado apareció y se peleó con Uribe. Uribe le dio un mal golpe en la cabeza y no se volvió a levantar... —observé el horror y la impotencia en su rostro al recordar esto—. Dios... Hay que ver cómo se tuercen las cosas. Lo metimos en el coche y lo dejamos en el pinar. Luego Uribe me dio algo de dinero y me mandó que desapareciera.

Me fijé en las moraduras que aún había en su rostro.

—Por lo que veo, no sólo te dio dinero.

—Uribe es así. Un bruto. Me tiene acostumbrado. No era la primera vez que me pegaba. Esta vez fue por el cabreo. O por los nervios. Normalmente lo hace por gusto.

—¿Por gusto?

—Sí. Es una mala bestia. Le gusta hacerlo fuerte, insultándote y pegándote. Tiene mucha rabia dentro, ese hombre. A veces, al terminar, me insulta y me escupe. O saca la pistola y me la mete en la boca y me dice que me va a matar. Otras veces, mientras se la estoy...

—¡Vale! ¡Basta ya! Ahórrate los detalles, coño.

—Perdona... —se disculpó en un quejido antes de quedarse en silencio.

Supuse que lloraba. Me disgusta ver llorar a la gente. Así que aproveché para asomarme a la puerta y adivinar, por entre los árboles, las luces del tren que pasaba en ese momento.

Cuando volví, el whisky le había sosegado. Miré a la maleta desvencijada, abandonada sobre el jergón.

—¿Cuánto llevas sin comer?

—Desde esta mañana.

—Tendrás que aguantarte un poco más. Mañana por la mañana te traeré algo que echarte a la boca. Y una cuerda para esa maleta. ¿Llevas una muda en ella?

—Una camisa y unos pantalones.

—Intentaré buscar una chaqueta. Eres más o menos de mi talla. Con esa americana asquerosa llamas mucho la atención.

Asintió, con la mirada fija en la llama de una de las velas.

—Aquí podrás estar un par de noches. Quizá tres. Suelen venir vagabundos o algún buhonero. Y a ese tipo de gente le gusta contar el chisme, para tener de su parte a los civiles.

—Mi intención es marcharme cuanto antes. Para eso es para lo que necesito tu ayuda. Eres la única persona de la que puedo fiarme.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque estás interesado en que desaparezca del mapa sin que me cojan.

Siempre el mismo juego. Este mundo en el que vivimos es capaz de sacar lo peor de cada uno. De hecho, es más fácil confiar en alguien porque es igual de vil que nosotros que por una presunta y, en todo caso, relativa bondad. La cosa es que no le faltaba razón.

Ramiro fue despojándose de su anillo, su cadena, su reloj y sus gemelos y poniéndolos en el centro de un pañuelo que había extendido sobre la caja.

Rebuscó en la maleta y añadió al alijo dos anillos más, otros tres pares de gemelos, un reloj de leontina y una medalla de la Virgen del Pilar.

—Esto es lo que tengo —dijo mientras yo examinaba las piezas—. Uno de los relojes es de diario, pero la leontina es suiza. Lo demás es todo de oro. Me quedé escrutándole con la mirada, mostrándole uno de los gemelos. Lo había reconocido al instante. Eran de oro, con una U grabada en su superficie rectangular.

—Sí. Son de Nicolás. Me los dio el sábado, por si el dinero no era suficiente. Me dijo que empeñándolos en Zaragoza conseguiría lo suficiente para un pasaje. Que se los había regalado su mujer en su aniversario y valen un Potosí.

—Esto será arriesgado colocarlo aquí. El tasador del Monte de Piedad es un primo de su mujer.

—¿Y en Almendral del Campo?

—No sé si tendré tiempo de ir.

—Bueno, da igual. Lo que te pido es que reúnas lo que puedas y me lo traigas.

—¿Y después?

—Después me haré humo.

—Está bien.

Inmediatamente, hice un hatillo con el pañuelo, me lo guardé en el bolsillo del abrigo y me levanté para irme.

—Procura dormir. Mañana iré al Monte de Piedad y vendré a verte con la comida y el dinero que pueda reunir.

Me acompañó hasta la puerta. Cuando iba a salir, me puso la mano en el hombro.

—Gracias —me dijo al volverme—. Nunca olvidaré esto.

—Ya dijiste que no me conviene que te cojan.

—Sí, pero de todos modos, te doy las gracias.

—Échaselas al gato —contesté antes de marcharme.

Esa noche dormí poco. Me levanté temprano y busqué en el armario una chaqueta que le pudiera venir bien a Ramiro. Encontré una de color gris perla con el cuello bastante raído, pero decente. La puse en un morral, junto con dos metros de cuerda de carrete que me agencié el trastero de la pensión.

En el comedor, Viera estaba acabando de desayunar. Tomé café con él y fumamos un cigarrillo juntos. Para Viera, el caso de Ferrer no estaba tan claro.

—Puede haber sido él o puede no haber sido. Ya sabes cómo son nuestras honradas autoridades —explicó bajando la voz para que no le oyera la patrona, afanada en ordenar a la sirvienta que recogiera el servicio—. Cuando pasa una cosa de estas, lo más conveniente es buscar rápidamente un cabeza de turco. A ese pobre le ha tocado la china. En cualquier caso, vete tú a saber dónde está.

Pobre Viera. Tan lúcido y tan idiota a un tiempo. Tan con la verdad debajo de las narices y tan cegado por la ideología como para verla.

Tras asearme en la jofaina de mi cuarto, me vestí. Saqué del armario la caja de puros. Contenía todo mi dinero, un fajo de billetes que no había contado en los últimos meses, atado con una goma. También, envuelta en una gamuza, estaba la pistola. Una Astra 300 (un purito, como solíamos llamarlas) del 9 corto. La única arma que me había bajado del monte, porque era pequeña y ligera. Se la había quitado a un falangista muerto. Las demás (el naranjero, la Star del 9 largo y la Ruby) las había inutilizado justo antes de ponerme la ropa de paisano. Comprobé la recámara, introduje el peine, monté el mecanismo y me la encasqueté en los pantalones, a la altura del riñón.

Me puse la chaqueta marrón de diario y constaté en el espejo que el purito no hacía bulto. No la necesitaría, pero nunca se sabía cómo se podía poner la cosa. Y era mejor tener un arma a mano y no necesitarla, que necesitarla y no tenerla. Me puse en un bolsillo la navaja y en el otro el fajo de billetes. Metí las joyas de Ramiro en la caja de puros y volví a dejarla en su sitio, al fondo del armario, tras los calzones y las camisetas. Finalmente, cogí el morral y salí a la calle.

En el colmado me crucé con Pilar, que salía con su cesta.

—Buenos días, doña Pilar —le dije con una inclinación de cabeza.

—Buenas, Pedro —respondió ella antes de seguir camino con gesto aparentemente adusto, pero sin poder disimular una sonrisa asomándose a la comisura de sus labios.

Por suerte, no había mucha clientela en el colmado. Solo un par de señoras. Paco me atendió rápidamente. Compré un trozo de morcón, una hogaza de pan y un cuartillo de vino. Como hacía las comidas entre la pensión y el bar, no solía comprar casi nada, así que mi cartilla estaba casi virgen.

Lo metí todo en el morral.

—¿Hoy no comes en la pensión? —preguntó Paco.

—Me voy a dar un paseo por el campo. Con este fresco, apetece.

—Di que sí. Y, con lo que ha llovido, seguro que hay unos rovellones del tamaño de la cabeza de un niño chico. De este domingo no pasa que me dé un garbeo por allá arriba.

Hice el mismo camino que la noche anterior. La calle Condeduque, la calle del Obispo, las casas del suburbio, la vía del tren, el bosque del Inglés.

Mi cuerpo acusaba la falta de descanso y comenzaba a arrepentirme de no haber desayunado. Sin embargo, mi mente se encontraba limpia como si hubiera dormido ocho horas de un tirón. Ramiro me recibió con la alegría y la impaciencia que yo ya le suponía. Nervioso, hambriento, todavía agotado, abrió desmesuradamente los ojos cuando puse en la mesa el pan, el morcón y la botella de vino. Con la navaja, corté la hogaza y un par de trozos del embutido, que empezó a devorar, casi lagrimeando. De vez en cuando, daba un trago directamente de la botella de vino. Sus modales refinados se habían esfumado hacía ya horas.

Mientras comía, saqué del morral la soga y la chaqueta.

—Te estás portando como un verdadero amigo —decía sin dejar de masticar.

Yo, estirando la chaqueta sobre el jergón, murmuré:

—No es nada. Después de todo, nos conocemos desde zagales. Esta

chaqueta te estará bien. Luego te la pruebas.

Un poco más tarde, cuando yo cogía la maleta y la soga y me sentaba algo detrás de él, para que la luz del ventanuco me iluminara mientras preparaba el nudo, le escuché decir:

—Oye, ¿y las joyas? ¿Pudiste empeñarlas?

—Una parte sí —respondí sin levantarme, sacando el fajo de billetes y poniéndolo, por encima de su hombro, ante él—. Lo de los gemelos está más difícil, pero conozco a un joyero con pocos escrúpulos. Iré a verlo antes de entrar a trabajar.

Por unos instantes, dejó de comer. Desató el fajo y contó el dinero. Observé su nuca, su cabeza inmóvil durante unos segundos. Luego noté por el movimiento de sus hombros que volvía a poner el dinero en la mesa.

Terminé de hacer el nudo corredizo en la soga. Sería fácil ponerla alrededor de la maleta y ajustarla para que no volviera a abrirse. Ramiro seguía comiendo. Con la navaja había cortado más morcón. Si seguía así, se lo comería todo de una sentada.

—El río no está lejos—dije dejando la maleta en el suelo y poniéndome en pie—. Cuando atardezca, te acercas allá y te lavas. Yo vendré por la noche con el resto del dinero.

—Bien —contestó poniéndose en la boca un trozo de pan justo cuando yo me abalanzaba sobre él.

Algo debió de imaginar, porque intentó coger la navaja y volverse hacia mí, pero tardó un segundo en decidir cuál de las dos cosas haría primero y ya no tuvo tiempo de hacer ninguna. Yo ya había puesto la soga en torno a su garganta, ya había tirado fuertemente de uno de los extremos y le había arrastrado hacia atrás, hasta el otro lado de la caseta.

Por supuesto, se resistió. Escupió el pan a perdigonazos para facilitarse la respiración. Insultó. Pataleó. Intentó alcanzarme la cara con las uñas. Pero todo fue inútil. No tardó en asfixiarse. Cuando al fin se quedó quieto, lo dejé caer al suelo, le puse la rodilla en la espalda y lo agarré firmemente por las sienes. Di un fuerte tirón y sentí el crujido de su cuello al romperse. Si quería que pareciera lo que tenía que parecer, era necesario hacer eso.

Perdí un buen rato en coger resuello. Ya no estaba tan en forma y, además, no había desayunado. Así que me senté a comerme lo que quedaba de la pieza de morcón. El muy tragaldabas no había dejado demasiado.

—Jodido tragón —le dije, pero ni se inmutó. Permaneció ahí, en el suelo, tumbado boca abajo con su camisa cochambrosa, y su rostro vuelto hacia mi lado, mirándome con un ojo asombrado. La piel

alrededor de la soga había adquirido un tono azul violáceo.

Después de comer, volví a guardarme el dinero y la navaja, lié un cigarrillo y lo fumé mientras inspeccionaba el interior de la maleta. Había alguna muda, unos calzoncillos, una postal enviada por un tal Carlitos desde San Juan de Luz, un lápiz, una agenda, una cartilla de racionamiento, el documento de identidad y el pasaporte. Me guardé la cartilla, la agenda y el pasaporte y le puse el carné en el bolsillo trasero del pantalón.

Luego asomé la cabeza por la puerta y me aseguré de que no pasaba nadie.

Para que no se manchara ni se le hicieran arañazos, tuve que cargar con su cuerpo al hombro hasta encontrar el árbol adecuado. Hubiera podido colgarlo dentro de la caseta, pero entonces hubiesen tardado mucho en encontrarlo. De todos modos, el árbol que escogí no estaba lejos. Una vez me decidí, ya todo fue cuestión de pasar la soga sobre una de las ramas más bajas, anudársela en torno al gaznate y tirar de ella. Después de izarlo, até el otro extremo al tronco, como hubiera podido hacer el mismo Ramiro antes de arrojarse con la soga al cuello desde la rama.

El cadáver se balanceó un poco, pero no tardó en quedarse definitivamente inmóvil.

Regresé a la caseta para comprobar que todo estaba en orden. Metí en el morral el pan que había sobrado, junto con la chaqueta y la botella vacía. A la vuelta, antes de llegar a la pensión, me pasaría a devolverle el envase a Paco, que se había quedado una perra chica en prenda.

Antes de irme, le eché a Ramiro un último vistazo. El viento lo hacía ahora girar suavemente en torno a sí mismo.

—Mala suerte, amigo —susurré.

En el suelo, justo debajo de él, distinguí algo marrón oscuro entre las hojas caídas. Tal y como había dicho Paco: unos robellones como la cabeza de un niño chico.

La mayoría de los huéspedes de la pensión eran viajantes de comercio, vendedores ambulantes o feriantes que nunca pasaban allí más de dos o tres noches seguidas. Doña Gertrudis, la patrona, era una viuda amable, educada y discreta. Una mujer de orden, como solía definirse a sí misma. Con Viera y conmigo, los únicos huéspedes fijos, había llegado al arreglo de cobrar una mensualidad que nos resultaba bastante rentable. A los demás, les cobraba por adelantado.

Mi cuarto, uno de los mejores, era una especie de cuchitril pintado de un blanco que los años y el tabaco habían convertido en gris amarillento. Los únicos lujos eran un espejo de cuerpo entero

empotrado tras la puerta y una jofaina. Por lo demás, había una cama individual con un somier de muelles que chirriaba, un armario de un cuerpo cuyas puertas nunca se quedaban bien cerradas, una mesilla de noche y un pequeño escritorio que cojeaba. Sobre ese escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio, de gánsteres o del oeste, que un cambista a domicilio me iba renovando cada quince días, con nuevas entregas del Comisario Maigret, Perry Mason o los solitarios héroes de Marcial Lafuente Estefanía.

Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro. Donde estoy ahora no hay olvido y las caras de los muertos y las preguntas me acosan durante todo el día, y no únicamente por la noche. Aquí no hay olvido porque somos nosotros, precisamente, los olvidados.

Me he ido nuevamente por las ramas. Decía que en mi cuarto de la pensión había un mísero escritorio que cojeaba. En ese escritorio, tras pasar el pestillo de la puerta, me senté a examinar la agenda de Ramiro. Y el plan, que había comenzado a nacer unas semanas antes, pero sólo como vaga posibilidad, comenzó realmente a fraguarse, justo cuando caí en la cuenta de que la agenda, más que una agenda, era un diario. El diario de ese cazador de benefactores que había sido Ramiro, con nombres, fechas, lugares, descripción de preferencias sexuales de sus clientes, tarifas cobradas, deudas pendientes. Y, en ese diario, entre otros muchos, el nombre de Alfonso Uribe figuraba en múltiples ocasiones.

Lo primero que pensé fue que me había tocado la lotería. Que podría pasarme la vida extorsionando a aquellas locazas, de una ciudad en otra. Pero luego me dije que no sería necesario. Entre el dinero que había reunido, lo que pudiera sacar por las alhajas de Ramiro y el dineral que podría exigirle a Uribe, habría lo suficiente para conseguir documentación nueva para Pilar y para mí, pagarnos el viaje a Francia o a Italia y cambiar completamente de vida, lejos de este país de mierda, con sus uniformes grises, sus señoras con mantilla y rosario, sus cielos de mercurio en invierno y de fuego en verano.

Así fue como decidí chantajear a Uribe. Y decidí hacerlo no por joderle la vida. No para fastidiarle. Al fin y al cabo, Uribe no era peor que yo. Si decidí hacerlo fue por dinero. Única y exclusivamente por dinero.

Ese día, Pilar entró en la cocina con el fuego en los ojos. Se me quedó mirando y yo supe que había previsto todas y cada una de las cosas que iba a hacer a continuación. Se me pegó y comenzó a frotarme la entrepierna. Me ofreció los labios pero, cuando intenté besarla, me empujó hacia atrás. Quedé apoyado contra la encimera mientras ella continuaba acariciando mi bragueta, donde mi miembro sufría ya una erección irreprimible. Me frotaba con progresiva intensidad y apretaba uno de sus pechos contra mí, susurrándome al oído con voz ronca:

—Esta mañana, al verte, me puse caliente como una perra. ¿Adónde ibas con el morral?

—Al monte —contesté con la piel de gallina al sentir su respiración en el pabellón de la oreja.

—¿Al monte, cabrón? Te vi salir del colmado desde la acera de enfrente. Tenía ganas de seguirte. Hubiéramos llegado al monte y hubiéramos buscado un sitio apartado. De verdad que lo hubiera hecho.

Hablaba como hipnotizada, sin dejar de restregarse contra mí. Su mano se había metido ya dentro de mis pantalones y presionaba ahora directamente mi verga, piel contra piel, con sus dedos finos jugueteando con la punta.

—Tuve un calentón bestial. Llevo todo el día completamente húmeda. Si te hubiera seguido...

Mi mano la rodeaba por debajo de la cintura. Había estado jugando con una de sus nalgas. Con la mano izquierda, se subió las faldas y ahora mis dedos quedaron en el borde de su vulva.

—¿Ves cómo estoy por tu culpa? Así llevo todo el día.

Noté su humedad, la vagina dilatándose, los jugos fluyendo de ella. Me mordió la oreja y el cuello antes de seguir hablando.

—Te hubiera montado... Allí, en el monte, te hubiera montado... Te hubiera tumbado en el suelo y me hubiera sentado sobre ti. Y te hubiera cabalgado como una furcia. Me pones en celo. Haces que me sienta como una fulana... Como una gran perra...

Creo que se me escapó un quejido. Entonces ella, como si aquello fuera una señal convenida, me desabrochó rápidamente el cinturón y los pantalones y, poniéndose en cuclillas, se la metió en la boca casi por completo. La succionó fuerte, muy fuerte, hasta atragantarse. Después aflojó un poco la presa que hacían su lengua y su paladar y prosiguió chupando, moviendo su cabeza adelante y atrás. Una de sus manos jugaba con mis huevos. La otra se había perdido abajo, entre los pliegues de su falda. Supuse que se estaba tocando, porque gemía. Y cada gemido producía en mi glande un placer aún mayor.

Temblábamos, sumidos ambos en una especie de colapso mientras la mamada se hacía cada vez más y más profunda a medida que el placer que ella misma se prodigaba iba también aumentando. Al mismo tiempo, sus gemidos se hacían más fuertes, más frecuentes, más incontrolables.

Yo miraba aquel rostro de ángel que ella tenía, convertido ahora en el de una fiera ávida. Le costaba respirar. Pero no podía soltarme. Ni podía soltarse. Llegamos a un punto tras el cual no había retorno. Le agarré la cabeza con ambas manos y seguí con ellas sus movimientos. Justo en el momento en que sus quejidos se volvieron más agudos, en ese instante en que yo sabía que había llegado al éxtasis, me derramé hasta la última gota. Ella aún estaba sintiendo su propio orgasmo cuando apreté su cabeza contra mí, llenando su boca por completo.

La puse en pie y besé aquella boca en la que noté el sabor de mi semen. Nos quedamos abrazados. Ya no era una hembra dominante, sino un animalillo que se apretaba contra mí, buscando las caricias en su pelo y en su espalda. Nos besamos algunas veces más. Al abrazarnos de nuevo, ocultando su rostro en mi pecho, dejó escapar un suspiro.

—Vamos a marcharnos de aquí —le dije.

Me miró, sorprendida por la rotundidad con que pronuncié aquellas palabras.

—Nos vamos a ir a Francia... A Italia. Puede que a Alemania. O, si no, cogemos un barco y nos vamos a Venezuela. Nos vamos a cualquier sitio que quede lejos de este país de mierda. Nos iremos y viviremos tranquilos. Y esto que hacemos ahora lo haremos en nuestra propia cama y en nuestra propia casa. Sin tener que escondernos como criminales.

—Soñar es fácil.

—No es un sueño. Voy a tener dinero dentro de poco...

—¿Cuánto? —inquirió mirándome con una curiosidad que me asustó.

—Mucho. Un dineral... Lo suficiente para garantizarnos una buena vida.

Se separó y se apoyó contra la mesa de la cocina. Yo me subí los pantalones.

—Pedro... Vamos a ver si nos entendemos... Aunque tuviéramos dinero, yo estoy casada. Si me voy, y Manolo da parte, no vamos a poder cruzar la frontera.

—De eso me encargo yo. Conozco a un tipo en Barcelona que nos hará unos papeles nuevos.

Pensó un momento en lo que yo acababa de decir.

—Tú consígueme unas fotos tuyas. Una de carné y otra de pasaporte. Dámelas mañana, si puede ser.

—Pero, ¿de verdad me estás hablando en serio?

Me enfrenté a ella y la besé en la boca.

—¿Es que quieres pasarte la vida cambiándole los pañales a ese viejo de mierda? —le pregunté antes de volver a besarla—. Voy a tener dinero y voy a conseguir los papeles y nos vamos a ir.

Hundí mi mano en su entrepierna. Estaba húmeda de nuevo.

—¿Y de dónde vas a sacar el dinero? —preguntó antes de que nuestras lenguas comenzaran a cruzarse.

—Eso es cosa mía. No te preocupes.

La alcé y quedó tumbada sobre la mesa de la cocina. Le subí la falda y me agaché. Mis dedos jugaban con su sexo y ella comenzaba otra vez a dar gemidos. Entre uno y otro, decía:

—Bueno... Creo... Creo que tengo unas fotos... unas fotos que puedo darte... mañana...

Paré por un instante de jugar con ella y la miré a la cara.

—¿Quieres que te siga haciendo esto?

—Toda la vida —contestó tomándome la cabeza entre las manos y atrayéndola hacia sus ingles.

—Tus deseos son órdenes —dije antes de llenarme la boca con su coño.

El domingo, cuando nos vimos para ir al Maravillas, Viera me contó que habían encontrado a Ramiro.

Fueron dos matrimonios de Alcántara que habían venido a pasar el día buscando setas los que se encontraron con el macabro espectáculo (así lo describiría, al día siguiente, el periódico). En una de aquellas novelas de intriga que yo solía leer, lo hubiera encontrado Paco mientras ejercía esa misma actividad. Y eso estuvo a punto de ocurrir, porque, según me comentó, él no andaba lejos de allí esa mañana. Pero la vida no es una novelucha de intriga. No siempre se hace justicia. No siempre se detiene al asesino. No siempre los círculos se cierran.

—El pobre diablo no pudo soportar tanta presión —opinó Viera mientras nos dirigíamos al pasaje de Los Alféreces, donde estaba el cine.

—Supongo.

—Vete tú a saber si nosotros, en esas circunstancias, no hubiéramos hecho lo mismo —reflexionó.

—No lo sé. Nunca he estado en esa circunstancia —dije, por decir algo.

—¿Ni cuando la guerra?

No contesté a esa pregunta.

—Nunca hemos hablado de eso. ¿Tú dónde estuviste? Cuando la guerra, quiero decir...

A ti qué coño te importa, estuve a punto de contestarle. Al fin, opté por no darle demasiadas pistas.

—Estuve en varios sitios.

—Ya, pero, ¿en qué bando?

Empezaba a molestarme su insistencia.

—Hace muchos años ya...

De pronto, dejó de caminar. Por compromiso, yo me paré también y quedamos enfrentados.

—No confías en mí, ¿verdad? —me dijo con algo de tristeza en la voz.

Me limité a mantenerle la mirada.

—Eso es lo malo de este puto país. Nos han jodido tanto a todos que ya nadie se fía de nadie. Pues, mira: yo sí que me fío de ti. Soy cenetista y...

—No quiero saberlo —le atajé.

—Pero yo quiero que lo sepas. Que tengas claro que soy un amigo y que me fío de ti. Estuve en...

—Cállate —volví a apostrofarle, poniéndole una mano en el hombro para suavizar la dureza de mi gesto—. Es mejor que ninguno de los dos sepa esas cosas del otro.

—¿Por qué?

—Porque en un interrogatorio, yo te vendería a la primera de cambio si supiera que así iba a salvar el pellejo. Y tú harías exactamente lo mismo.

—Yo no —protestó.

No pude reprimir una carcajada.

—Sí que lo harías. Y, ¿sabes qué? Que harías bien.

Al día siguiente, durante el desayuno, le pregunté a Viera si podía prestarme una máquina de escribir. Le dije que tenía que escribir una instancia, solicitando un certificado.

—Tengo en el cuarto la que utilizaba antes en el periódico.

Me la dio antes de irse.

—Cuando nos las cambiaron, me dejaron llevarme ésta, porque tiene mal una letra. Espero que eso no te suponga un problema.

—Qué va. Es una simple instancia.

El lunes era mi día libre, así que disponía de todo el tiempo del mundo. Cuando Viera se fue al trabajo, salí a comprar sobres y papel de cartas. De paso, me di una vuelta por el silo de Matías, no lejos del

molino. A Matías, al parecer, lo habían fusilado en el verano del 36 y el silo estaba abandonado desde entonces. No era más que una construcción redonda, con el tejado medio derrumbado hacía años. Ante el silo, un pozo seco, cegado por una plancha de hierro oxidada. Se decía que en aquel pozo había cosas que no representaban un espectáculo agradable. Y que Uribe había sido el principal artífice del asunto. Sería un buen sitio.

Volví a la pensión, avisé a doña Gertrudis de que no dormiría allí esa noche, me encerré en mi cuarto y escribí la nota para Uribe. No tuve que hacer borradores. La tenía en la cabeza, palabra por palabra, desde el viernes. Decía:

Hay pruebas de tu relación con Ramiro y de lo que hiciste con Ferrer. Si no quieres que acaben en manos de la Policía Armada, prepara cien mil pesetas en metálico. Mil pesetas irán en billetes de quinientas y de cien. Lo demás, en billetes de mil. Pon el dinero en un sobre y déjalo en el pozo que hay frente al antiguo silo de Matías, el sábado, a las nueve de la mañana. No hay regateo ni prórroga del plazo. Si no cumples las instrucciones, a mediodía del sábado la policía sabrá de ti.

Dentro del sobre introduje uno de los gemelos de oro con la letra U. Eso le demostraría que hablaba en serio.

Cuando lo metí bajo la puerta de Uribe, continué camino a la estación. A las seis pasaba un tren a Barcelona.

Ya era noche cerrada cuando llegué a la Estación de Francia. El hombre al que tenía que ver vivía en la calle de La Sal, así que me dispuse a caminar un buen trecho en dirección al puerto.

Caminé por Marquès de l'Argentera, para luego descender a La Barceloneta. La Sal era una de las callecitas que llevaban al mercado desde la calle de Ginebra. No me costó demasiado encontrarla. Aún me orientaba como si hubiese sido ayer la última vez que había transitado por aquellas calles, aunque hacía mucho que no pasaba una noche en la ciudad.

Di un par de aldabonazos en el portal del número 5. En general, el hombre que yo buscaba se dedicaba al estraperlo pero, para los antiguos camaradas, también hacía el tipo de trabajo que yo requería. Le había telefoneado desde la estación, avisándole de mi visita.

Tal y como habíamos convenido, di un silbido. Se abrió una ventana en la primera planta y vi asomar la cabeza de una anciana que, con un gesto de la mano, me indicó que esperara. Esperé en aquella callejuela desolada, aguantando el frío y la humedad.

La puerta se entreabrió y, por una rendija, el hombre me indicó que entrara.

Me encontré en una especie de almacén, por llamarlo de alguna manera, aunque parecía más una especie de trastero, donde una máquina de coser convivía con sulfatadores, cámaras fotográficas y hasta un ciclomotor desvencijado, de más que dudosa procedencia.

El hombre había envejecido mucho desde la última vez que nos vimos. Había engordado y parecía incluso más bajito de lo que siempre había sido. Ahora estaba casi completamente calvo, con una corona de cabellos grises desordenados asomando a los lados de la cabeza. La barba entrecana no lograba disimular la rechoncha nariz de patata plagada de hoyuelos.

Sonriendo, me escrutó desde el fondo de sus pequeños ojos grises.

—Salud, compañero —dijo, estrechándome la mano con fuerza—. Hacía mucho que no asomabas el hocico... ¿Cómo te ha ido?

—No puedo quejarme.

Oímos los pasos de alguien que pasaba ante el edificio. El hombre miró hacia la puerta e, inmediatamente, advirtió:

—Será mejor que vayamos a mi despacho.

Levantó una alfombra, descubriendo una trampilla de madera. Tiró de la anilla de hierro, encajada perfectamente en la tabla, y una escalera quedó al descubierto. Yo le precedí en el descenso. Abajo, entre cartones de tabaco y cajas de sacarina, entre barriles de vino y cajas de botellas de ron que se perdían en las penumbras del sótano, existía un espacio de varios metros cuadrados donde había una mesa de trabajo alrededor de la cual nos sentamos.

El hombre abrió una botella de vino y sirvió dos vasos. Era un vino ácido y duro, con sabor a tierra y sospechas de cefalea posterior. Pero calentaba.

—Entonces, todo te ha ido bien... —prosiguió, como si no nos hubiéramos interrumpido en ningún momento.

—Hasta ahora sí.

—¿Y tuviste algún problema con los papeles que te hice aquella vez?

—Ninguno. Por eso precisamente quería verte. Necesito que me hagas un trabajo parecido.

—Ya no hago esos trabajos. —Extendió la mano ante sí—. La habilidad no es la que era. Además, el estraperlo da para más y es menos peligroso. Los grises hacen la vista gorda.

—Hay un país que alimentar, y ellos no tienen con qué.

—Eso es verdad —concedió apurando su vaso y sirviéndose otro—. Pero no son igual de permisivos con los falsificadores.

—¿No puedes hacer una excepción? Seguro que sigues haciendo algún trabajo para los de arriba... Si te pide un favor la gente del

Quico, seguro que no les dices que no...

La referencia a Sabaté le hizo pensar. Tras casi un minuto, chasqueó la lengua.

—Bueno... Tú eres un camarada... Pero debe quedarte clara una cosa: será la última vez.

—De eso puedes estar seguro. Quiero los papeles precisamente para largarme. Estoy harto de todo esto.

—Muy bien. ¿Será lo de siempre?

—Sí. Pero por partida doble.

Me observó con curiosidad.

—¿Un compañero?

—Compañera.

Saqué las fotos de Pilar y las puse sobre la mesa. Luego, con dos dedos, las deslicé hasta ponerlas ante él.

—Guapa. ¿Una novia?

—Algo así.

—Esto va a costarte un dinero.

—Te pagaré un tercio hoy y el resto cuando los venga a recoger. ¿Para cuándo podrían estar?

—No sé... El viernes como pronto. Con seguridad, el sábado.

—Vendré el domingo por la tarde.

El hombre asintió. Luego se hizo hacia atrás con esfuerzo, abrió un cajón de la mesa y sacó una cámara fotográfica.

—Empezaré por retratarte. ¿Cómo te quieres llamar y cómo quieres que se llame ella?

Pasé la noche en una pensión. Al amanecer me fui a la estación. Allí tuve tiempo de desayunar antes de coger el tren.

Cuando llegué, Viera iba a salir para el trabajo. Aproveché para devolverle la máquina de escribir, dándole las gracias. La metió en su cuarto y se marchó.

Aquella tarde, Pilar no vino a verme. El viejo se había quedado en casa. Estaba tan cansado que creo que lo agradecí.

Quien sí apareció en cuanto abrí el bar fue Uribe. Me extrañó, porque rara vez venía a esas horas. Silencioso y uraño, pidió un café con gotas y se sentó en un extremo de la barra. Encendió un Farias y se puso a leer la prensa. Yo estaba en el pasaplatos, charlando con Macario, que decía tener un método infalible para acertar en el canódromo.

—Si es tan infalible, ¿cómo es que tienes que trabajar aquí?

—Es que todavía no lo he probado. Pero espera al sábado y verás...

De pronto, Uribe fingió reparar en mi presencia (yo sabía que, desde que había llegado, estaba pensando en lo que iba a decirme), y

me llamó.

—Pedrito, ven un momentito, haz el favor.

—Dígame usted, don Alfonso.

—El periodista ese, el tal Viera, ¿es amigo tuyo?

Yo hubiera esperado cualquier cosa, menos eso.

—Hombre, don Alfonso —contesté—. Amigo, lo que se dice "amigo", no es. Somos compañeros de pensión. Y alguna vez hemos tomado una copita.

—¿Y qué amistades frecuenta? —preguntó, chocarrero.

—Pues no sé, don Alfonso... Amigos, no le conozco ninguno. Gente del periódico, supongo. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—No, nada —señaló al diario que tenía abierto ante sí—. Es que acabo de leer un artículo suyo que no me ha gustado nada... En fin... Vive y deja vivir, ¿no?

—Supongo que sí, don Alfonso. Supongo que sí. Por la noche, al llegar a la pensión, me encontré con una desagradable sorpresa en forma de dos tipos con abrigo largo y sombrero, que acompañaban a doña Gertrudis mientras la vieja abría el cuarto de Viera. Me quedé parado ante el mío, dos puertas más allá. Los individuos, que apestaban a bofia, se me quedaron mirando. Doña Gertrudis se percató de su actitud y se volvió para ver qué les interesaba tanto. La pobre mujer pensó que yo creía que se trataba de ladrones.

—Ah, buenas noches, don Pedro. No se alarme, estos señores son de la policía.

Ese comentario me obligaba a fingir extrañeza y a acercarme un paso hacia ellos.

—Buenas noches —dije, procurando enseñar bien las manos.

—Buenas noches —respondió uno de los individuos acercándose hasta mí y mostrando una placa de la Brigada Político Social—. Dirección General de Seguridad. Documentación, por favor.

Asentí, sonriendo todo lo humildemente que pude.

—Con su permiso —metí cuidadosamente la mano en el bolsillo del abrigo, saqué la cartera y extraje de esta el carné de identidad.

El policía lo examinó a la triste luz del corredor y tras menear la cabeza afirmativamente, me lo entregó.

—¿Ha ocurrido algo, señor agente? —me vi obligado a preguntar para proseguir con la comedia del hombre sorprendido.

—Nada que le interese, caballero.

El otro, un tipo canijo con bigote y brillantina, vino hasta nosotros.

—¿Conoce usted a José Agustín Viera García?

—¿A Viera?

—Sí, a Viera.

—Pues sí, señor. Le conozco de aquí, como la señora —sabía que metiendo en el mismo saco a doña Gertrudis la obligaría a ponerme en la nómina de las personas decentes que vivían allí—. Coincidimos en el desayuno y, a veces, en la comida. Él no siempre come aquí. ¿No es verdad, doña Gertrudis?

—Eso es —dijo la vieja, aterrada, dejando correr un caudal de justificaciones y excusas—. Ya les dije yo a los señores agentes que ese señor no se relaciona mucho aquí. Desayuna y se va y casi nunca come en la pensión. Ésta es una casa decente, pero, claro, ¿quién va a pensar, siendo periodista, que...? Y, además, en un periódico del Movimiento, que nunca...

—Está bien, señora —la atajó, aburrido, el del bigote, volviendo a la puerta de Viera—. Por favor, abra de una vez.

Mientras la vieja abría y ambos entraban, el primer policía quedó encarado conmigo. Me miraba fijamente desde un rostro moreno e impenetrable. Pretendía amedrentarme. Tuve que fingir que lo estaba consiguiendo. Cuando estuvo seguro de eso, comenzó a hablarme a media voz.

—Su amigo está metido en un lío.

—No somos amigos, señor agente.

Me propinó una bofetada. Relativamente suave, pero lo suficientemente humillante.

—A mí no me replique. Me da igual cómo lo llame, pero le estamos buscando. Se marchó temprano del trabajo. Cuando llegamos, ya no estaba. Usted parece un hombre honrado. Así que sabe lo que hay que hacer si intenta ponerse en contacto con usted, por el medio que sea, ¿verdad?

—Avisar a la policía.

—Eso es —confirmó dándome un cachete amistoso en la mejilla que comenzaba a enrojecer—. Dar parte inmediatamente. Y, ahora, hágase un favor: métase en su cuarto y acuéstese como los niños buenos.

Esperó a que entrase y cerrara la puerta. Después oí sus pasos a lo largo del pasillo. Apagué la luz y les escuché a través de la pared durante un rato, revolviendo cajones, tirando libros al suelo.

Me pasó por la cabeza la idea de montar la pistola. También la de esconder las joyas y la pistola. Y, por último, la de esconder las joyas, la pistola y el diario de Ramiro. Pero no había lugar más seguro que el fondo del armario. Salvo la calle. Podía tirar la caja con todo eso en su interior por la ventana. Aunque eso resultaba tan arriesgado e inútil como dejarlo todo tal y como estaba.

Al final, decidí montar la pistola y ponerla bajo la almohada. Me

tumbé. Si decidían entrar a registrar mi cuarto, esperaría a que abriesen la puerta. Desde donde estaba, a oscuras, en aquella estancia que conocía al dedillo, representarían un blanco estupendo, recortados contra la luz del pasillo. Así que, si intentaban venir a por mí, simplemente acabaría con los dos. Luego todo daría igual.

El registro no duró demasiado. Quizá media hora. Al fin y al cabo, en ese cuartucho no había demasiado que registrar. Cuando noté que se habían marchado (oí sus voces advirtiendo a la patrona que si tenía alguna noticia sobre el paradero de Viera estaba obligada a dar parte), me atreví a salir. Doña Gertrudis permanecía ante la puerta abierta de Viera, contemplando desolada el estado en el que había quedado el cuarto. Lloraba y hablaba sola.

—Todo por culpa de ese masón... Si ya me lo habían advertido a mí... Ese sinvergüenza...

Notó mi presencia y comenzó a quejarse de Viera, de cómo había quedado la habitación, de qué dirían los vecinos viendo entrar y salir a la policía a esas horas.

Consolándola, aproveché para colarme en el cuarto. Parecía un campo de batalla: el colchón rajado, medio tirado entre el somier y el suelo; el contenido del armario esparcido por toda la estancia; los cajones de la mesilla de noche y del escritorio sobre los restos del colchón; varios paquetes de tabaco, que escamoteé en un descuido de la vieja, y, sobre todo, libros, libros y papeles desperdigados por doquier. En aquel caos, constaté enseguida una ausencia evidente: se habían llevado la máquina de escribir.

Había metido la pata. Había obviado dos hechos fundamentales. El primero, los contactos de Uribe, un pez gordo en la FET y de las JONS de la provincia. El segundo, bastante más grave, que Uribe, como jefe de Falange en la ciudad, había formado parte del comité de censura hasta, por lo menos, el cuarenta y nueve. Eso ya me lo había contado Viera en alguna ocasión. Y el comité corregía directamente los originales. Esto es, que el pelirrojo debía de conocer la letra de la máquina de escribir de Viera, inconfundible, además, por la peculiaridad de su letra m minúscula mal alineada.

Uribe debió de pensar que era Viera quien le hacía chantaje. Como Viera, seguramente, había sido expedientado con anterioridad, a Uribe no le habría resultado difícil conseguir acusarle de cualquier delito político. Por supuesto, siempre corría el riesgo de que Viera contase su historia (la que Uribe pensaba que sabía) en pleno interrogatorio, pero, hecha la acusación previa, ya podía decir que había visto a Uribe vestido de lagarterana masturbando a un caballo. Nadie le creería.

Consulté mi reloj nuevo y vi que era la una. Doña Gertrudis se

había ido a dormir, dos tazas de tila después de que se marchara la policía.

Me vestí. Cogí mi linterna de petaca, la pistola y la navaja. Me las repartí en los bolsillos y salí con el mayor sigilo posible. Sabía dónde encontrar a Viera.

Cuando llegué al cabaré lo encontré prácticamente vacío. Dos maquinistas tomaban cazalla, conversando con Miriam y con la Adela. Eran tipos grises, que debían hacer noche en la ciudad, demasiado agotados para darse un revolcón, pero con bastantes ganas de cháchara como para vaciarse una botella con las muchachas.

Miriam se sorprendió al verme. Le pedí un orujo y esperé a que viniera a preguntarme.

—Qué cara traes, hijo...

—¿Has visto a Viera? —le susurré, procurando que los otros no me oyeran.

—¿Para qué lo quieres?

—Para darle un aviso. Le andan buscando.

Miriam señaló con la mirada al cuarto de atrás.

—Está con la Gladis.

Vacié el vaso de un trago y puse un duro sobre la barra.

—Con un poco de suerte, todavía le da tiempo de irse. Dile que salga por la puerta trasera. Le espero allí.

Salí dando las buenas noches y rodeé el edificio. La puerta que daba al callejón se abrió y vi asomar por ella a Viera, con la chaqueta bajo el brazo y la camisa sin abotonar. Mientras avanzaba hacia mí, intentaba meterse los faldones por dentro del pantalón.

—¿Qué pasa? Me dijo la Miriam que...

—Calla... —le espeté—. Han venido a por ti.

—¿Quién?

—La Político Social. Registraron tu cuarto hace un rato. Es sólo cuestión de tiempo que les dé por presentarse aquí. ¿Andas metido en algo?

Haciéndose una rápida idea de todo lo que le había dicho, asintió.

Hacía más de una hora que habíamos dejado atrás la vía del tren. Ahora estábamos en pleno bosque, ascendiendo suavemente hasta las faldas del Pico del Cuervo. Yo iba detrás, alumbrando el camino con la linterna. Viera, un paso por delante de mí, no dejaba de hablar.

—Salí de la cárcel en el cuarenta y dos. Me fui un tiempo a Barcelona, y allí volví a tomar contacto. Cuando conseguí el trabajo aquí, me di cuenta de que podía resultar especialmente útil.

Yo miraba su espalda. Confiado, vulnerable, era el candidato perfecto para que, en cualquier momento, yo me parase, sacara el

purito y le descerrajara un tiro. Él, completamente ajeno, continuaba hablando, con la respiración algo entrecortada por el ascenso.

—Ya no andamos lejos... En un momento estaremos... Luego podrás volverte... Lo que me da miedo es que hayan caído también los otros... —¿Los otros? ¿Qué otros? —le pregunté.

—Hay más enlaces, Pedro... Otros compañeros allá abajo, en la ciudad, jugándose el pellejo... La AGLA no está sólo ahí arriba...

A partir de ahí desplegó aquel discurso épico que yo había escuchado ya tantas veces. En esos momentos estuve a punto de ponerle el cañón en la nuca y apretar el gatillo. No ya para eliminar el riesgo que suponía su existencia, sino para conseguir que se callase de una vez. Por suerte para él, llegamos al claro.

—Bueno, aquí es —anunció con un resoplido.

Me senté sobre una piedra y le di la linterna. Él la alzó, la orientó hacia el Este y la encendió y apagó unas cuantas veces. Esperó unos minutos y volvió a hacer la misma señal. Repitió idéntica operación en cuatro o cinco ocasiones. Al fin, allá arriba, donde debía de estar situada la cima del Pico del Cuervo, se encendió intermitentemente una luz similar. Viera suspiró con alivio.

—No creo que tarden mucho en llegar —comentó, devolviéndome la linterna—. Será mejor que te marches. De aquí a la pensión hay una tirada.

Asentí, poniéndome en pie y estrechándole la mano. No la soltó. Puso la otra sobre mi hombro.

—Sabía que eras un tipo de ley. Esto que has hecho hoy no se me olvidará.

Lo sentí ridículo, grotesco en aquella absurda ceremonia de agradecimiento.

—A mí sí se me olvidará. Nunca he salido de la pensión. Nunca he ido al cabaré a buscarte. Y, por supuesto, nunca he estado aquí.

Le dejé sobre la piedra, liando un cigarrillo.

Ya me había adentrado unos metros en el bosque, cuando me paré en seco. Di media vuelta. Saqué la pistola y, amartillándola, le quité los seguros. Estaría distraído, fumando. Ni siquiera tendría que mostrarme. Bastaría con asomarme al borde del claro y apuntar hacia la luciérnaga de la brasa del cigarrillo. Luego podría acercarme, darle un tiro de gracia, asegurarme de que su enorme bocaza quedaba sellada para siempre.

Pero, justo en ese momento, me entraron ganas de mear. Con algo de fastidio, volví a poner los seguros al purito, me lo metí en el bolsillo, me la saqué y me puse a orinar sobre unas matas. Mientras me aliviaba, cuidando de no salpicarme los zapatos, recordé la cara

sonriente de aquel mozo del POUM. Recordé su nombre, Ernesto. Y luego hice un esfuerzo para recordar su nombre de guerra, Santiago. Siempre me costaba acordarme. Aún me sigue costando.

La sacudí, me la guardé y me cerré la bragueta.

—Esta va por ti, Santiago—murmuré.

Encendí la linterna y volví a caminar en dirección a la vía del tren. Si me daba prisa, aún podría llegar a la pensión a tiempo de dormir unas cinco horas. Viera, el muy ingenuo, nunca sabría que le había salvado una meada y el nombre de guerra de un fantasma.

A la mañana siguiente fui al centro. En unos almacenes compré una resma de papel del normal, unas tijeras y un tarro de cola. Más tarde, en un quiosco, compré varias revistas, dos periódicos y un par de tebeos.

Me volví a la pensión (donde doña Gertrudis aún no se había recobrado del susto de la noche) y pasé el resto de la mañana haciendo manualidades. Comí, como siempre, en la pensión. Me fui, como siempre, a trabajar a las tres. Me di un revolcón con Pilar, como siempre, en la cocina. Y, como siempre, abrí el bar a mi hora y aguanté a familias por la tarde y borrachos por la noche, hasta que llegó el momento de echar el cierre. Entonces, también como siempre, dejé todo en orden mientras Torres contaba la caja y se marchaba. Tras apagar las luces, como siempre, cerré y me fui.

Pero no hice el camino de siempre. Di un rodeo y pasé por la calle donde vivía Uribe. No había un alma. Las ventanas permanecían cerradas. Tras ellas, no se veía ninguna luz encendida. El sereno debía de estar al otro lado del barrio. Era el momento adecuado. Metí otro sobre bajo la puerta, con las palabras “A. A. Alfonso Uribe” escritas con gruesos moldes impersonales que había trazado con mi mano izquierda.

En este país las mujeres madrugan más que los hombres, porque les toca despertarlos y hacerles el desayuno. Por eso, supongo, sería la mujer de Uribe quien encontró el sobre. O, en todo caso, la chacha. Sea como fuere, no se atrevieron ni siquiera a mirarlo al trasluz. Uribe tenía malas pulgas y, con toda seguridad, el sobre fue depositado en el tapete de su escritorio sin mayor comentario.

Otra cosa indudable es el cabreo, la sorpresa y la impotencia que debió sentir cuando lo abrió y leyó, en letras recortadas de diferentes publicaciones y pegadas en una cuartilla un mensaje que decía: Has meado fuera del tiesto. Pero la cosa sigue adelante. Misma hora, mismo día, mismo sitio. Por las molestias, ahora pagarás 125.000. No hay más oportunidades. Si te pasas de listo otra vez, iremos a la policía con los diarios de tu querido.

Completaba el contenido de la carta un pequeño trozo de papel, arrancado de una agenda, en el que, de puño y letra de Ramiro, podía leerse: “Este sábado he vuelto a estar con Uribe. Cada vez me da más asco y miedo, pero paga bien por mis servicios”.

Puedo contar lo que hizo a continuación, porque le seguí discretamente durante el resto de la mañana, en su recorrido a pie hacia la Caja Rural, desde donde, posteriormente, se dirigió a la Banca March. Visitó otras dos sucursales bancarias. Seguramente, pensó que no convenía sacar todo el dinero de una misma cuenta. Hubiera levantado sospechas.

Ahora sí que lo tenía en mis manos, supuse. Había logrado desorientarle. No tenía ni la más remota idea de quién estaba haciéndole esto. Pero debía andar con pies de plomo si no quería que todo su mundo se desmoronara. Eso, si no había comenzado a desmoronarse mucho antes, desde el mismísimo día en que decidió convertir a Ramiro en su amante habitual.

Parecía haber aceptado que llevaba las de perder y empezaba a pasar por el aro. Al menos, así lo pensé en ese momento.

Ese jueves, Uribe no estaba tan jovial como de costumbre. Mientras esperaban a los otros para la partida, el cura, moscatel en ristre, le preguntó por qué tenía ese humor.

— No me pasa nada, don Cosme. Es que se nos ha escurrido entre los dedos el rojo ese...

—¿El tal Viera?

—Sí. Supimos que era un compinche de los bandoleros... Avisamos a la Policía Armada, pero alguien lo puso sobre aviso.

El muy torpe no sabía lo cerca que andaba de la verdad.

—¿Y no se sabe nada?

—Nada. Como si se lo hubiera tragado la tierra. Lo han estado buscando en el monte.

—Con razón. Me encontré al mediodía con el cabo y traía cara de haber dormido poco...

—Claro. Parece que el hombre se ha pasado la noche con los números allá, en el monte. Pero a ver quién se acerca al Pico del Cuervo sin refuerzos, con esa gentuza allá arriba.

El cura frunció los labios en uno de aquellos gestos piadosos que a mí me asqueaban. Había visto esa misma expresión hipócrita en otros tantos párrocos de pueblo, que habían vendido a tanta gente cuyo escondite habían arrancado a sus madres y esposas convenciéndolas con el secreto de confesión.

—Hijo mío... ¿Cuándo se acabará toda esta violencia?

—Vaya usted a saber, don Cosme. Para empezar, tenemos que

acabar con los forajidos. Y para eso tenemos primero que trincar a los colaboradores. Ésos están aquí, entre nosotros. Vienen a este bar, van a sus misas, compran en nuestras tiendas... Justo debajo de nuestras narices... Como si fueran gente honrada. Pero, en realidad...

Casualidad o no, al decir esto último, su mirada se quedó posada en el jamón al cual yo, en ese momento, cortaba finas lascas. Noté sus ojos haciendo el camino desde mis manos hasta mi perfil. Y sentí cómo su atención se quedaba clavada allí, mirándome sin verme, con una lucecita encendiéndose en el fondo de aquella cabezota suya, comprendiendo, de pronto, algo que le sorprendía y le asustaba.

Todo parecía ir bien. Y no sé quién escribió que si todo parece ir bien, es porque has pasado algo por alto, pero he podido comprobar en múltiples ocasiones que eso es una verdad como un puño. Por otro lado, aquella mirada de Uribe no me había gustado nada en absoluto. Así que decidí adoptar mis precauciones.

Esa noche, al llegar a la pensión, saqué la caja de puros. Comprobé que dentro estaban las joyas, el diario y el dinero. Después preparé el morral. Metí en él la caja, unos pantalones, un par de camisas y la mitad de mis mudas de calcetines y calzoncillos. También puse la linterna, un par de novelas, mis útiles de afeitar y una pastilla de jabón.

Ante la posibilidad de que Uribe llevara a cabo alguna jugarreta nocturna, dormí vestido, incorporado a la cabecera de la cama y con la pistola en la mesilla de noche, al alcance de la mano.

Desperté al amanecer, dolorido y hambriento. Desayuné en la pensión (donde eché en falta la compañía de Viera, todo hay que decirlo) y me fui a la calle, con el morral al hombro, la pistola encasquetada tras el riñón derecho y la navaja en el bolsillo.

No había vuelto a llover en los últimos días. El monte estaba fresco y verde y una luz agradable se colaba entre los árboles. Escuchaba cantar a los gorriones y a no sé qué otra ave, ululando allá arriba, entre las copas. Pasé bajo el árbol donde había colgado a Ramiro. El farmacéutico y las novelas de detectives tenían razón esta vez: el asesino volvía al lugar del crimen. Era lógico que lo hiciera. ¿A quién le apetecería estar en esos días por allí, recién levantado un cadáver que, al parecer, había pernoctado en la caseta?

No encontraría mejor escondite en toda la comarca.

Una vez dentro de la caseta, comprobé que estaba prácticamente tal y como la encontramos Ramiro y yo noches atrás. Abrí el horno de la cocina y metí allí la caja de puros, después de sacar de ella la agenda y algún dinero.

Me fui de aquel lugar apresuradamente, contando con que a

ningún vagabundo se le ocurriese pasar la noche allí y hacer fuego para calentarse. Miriam tardó en abrir la puerta de atrás. Evidentemente, aún dormía cuando comencé a aporrearla alrededor de las once de la mañana. Salió a la entrada envuelta en una bata, con el pelo castaño desordenado y la máscara del maquillaje todavía sin dibujar en el rostro. Al verme allí, con el morral, decidió no hacer muchas preguntas. Echó una rápida ojeada a ambos lados de la calle y me indicó que entrase.

Le dije que necesitaba un sitio para pasar esa noche. Solo lo pensó un momento antes de llevarme a su habitación. Relativamente amplia, llena de cachivaches y baratijas que pretendían dar lo que Miriam entendía como un "aire oriental", la habitación estaba principalmente ocupada por una gran cama de matrimonio, con las ropas revueltas y todavía calientes. Al borde de esa cama se sentó ella, encendiendo uno de esos largos cigarrillos ingleses.

Permanecí allí en pie, ante ella, sin saber exactamente qué hacer.

—Pedro, dime la verdad: ¿estás metido en política?

—No exactamente.

—Pero sí que estás metido en un lío, ¿verdad?

—Podría llegar a estarlo.

Asintió, calibrando la situación.

—Será solo una noche, Miriam. Mañana a mediodía tomo el tren y me voy para siempre. Además, te pagaré...

Al decir esto, saqué un fajo de billetes. Pero ella me atajó con un gesto de la mano.

—No hace falta, Pedro. Te puedes quedar. ¿Vas hoy a trabajar?

Le dije que sí. No lo había pensado hasta ese momento, pero era mejor arriesgarse a que me detuvieran en el bar, porque también cabía la posibilidad de que Uribe dudara de si tenía razón o no, y que mi ausencia acabara por decidirle. Faltar al trabajo hubiera sido pasarse de listo.

—Vale. Hoy es viernes y esto va a estar de bote en bote. Así que te daré una llave para que entres directamente por detrás. Eso sí, no hay más camas.

—Puedo dormir en el suelo.

Soltó una carcajada.

—Ay, hijo, qué remilgado me has salido. La cama es grande. Cabemos perfectamente los dos.

Tosió. Se aclaró la garganta. Dio otra calada al cigarrillo y exhaló el humo lentamente hacia mí, cruzando las piernas y mostrando un muslo pálido de carnes rotundas.

—Hoy la Adela va a hacer conejo. Quédate a comer. El conejo de

la Adela está muy rico... —se rió al caer en la cuenta del juego de palabras—. Fíjate: hoy te vas a comer el conejo de la Adela. Ja, ja, ja. Qué gracia, hijo... Ja, ja, ja...

También yo reí el chiste. Luego, dejando el morral en el suelo y sentándome junto a ella, al borde de la cama, dije:

—No sé cómo agradecerte todo esto.

Se levantó para apagar el cigarrillo en el cenicero que había sobre la cómoda. Me desordenó el pelo con la otra mano y me dijo:

—Ya se nos ocurrirá algo.

Ninguna de las precauciones que tomé en esas noches previas resultó realmente necesaria. No tardé en descubrir que Uribe no había decidido ir a por mí. De hecho, el viernes estuvo en el bar, contando sus chistes de putas, de maricas y de tartamudos. Como acostumbraba, alternó con el cabo, con Torres y con el farmacéutico (don Cosme jamás venía los viernes).

Torres, más cornudo que nunca y más imbécil que de costumbre, no sabía que, a primera hora de la tarde, yo había jodido con su mujer encima de aquella misma mesa donde él trinchaba las tortillas que Macario acababa de sacar del fuego. Y, mucho menos, que yo le había indicado a ella que el sábado, después de comer, mientras él hacía la siesta antes de ir al molino a beneficiarse a Virtudes, vendría a buscarla para marcharnos juntos para siempre.

Ella se había mostrado algo incrédula al principio. Después, al percatarse de que iba en serio, me preguntó qué debía llevarse.

—Lo imprescindible. Aquello de lo que jamás quieras separarte. Y una muda de ropa. Lo demás, lo compraremos en Barcelona.

—¿Nos vamos a Barcelona?

—Para empezar. Allí recogeremos los papeles y elegiremos el sitio al que quieras ir. Vamos a vivir como marqueses, ya verás.

Al decir esto la abracé. Eso me ocultó su rostro. Si no lo hubiera hecho, hubiese podido ver el gesto de incertidumbre que (hoy estoy seguro) esbozó al escuchar mis palabras.

Aunque la jornada transcurrió con toda normalidad, de cualquier modo y, por si las moscas, al marcharme del bar, decidí continuar con el plan previsto.

Entré al cabaré por detrás, me metí en el cuarto de Miriam, me desnudé y me acomodé en la cama, con una novela del oeste. Calculo que tardé una hora en dormirme, sobre el lado izquierdo, mientras alguien montaba sobre la Gladis al otro lado del tabique. Oía sus gritos de fingido placer, el somier chirriante, el cabecero de la cama dando contra la pared. Al doblar la última esquina antes del sueño, la voz de Gladis se convirtió en la de Pilar, sus gemidos en los de ella.

Me despertó el peso de un brazo sobre mi costado, el tacto de una mano sobre el dorso de la mía, el calor de un cuerpo a mi espalda, con dos senos grandes y blandos apretados contra mí.

Decidí hacerme el dormido mientras hacía rápidos cálculos. El cabaré había cerrado y las chicas se habían ido a la cama ya. Miriam, cansada, se había acostado y, en algún momento de su sueño, me había abrazado. Pensé en quedarme así para no despertarla. Pero me equivocaba en una cosa: Miriam no dormía. Su mano había dejado de acariciar la mía y, bajo la sábana, se deslizaba ahora por mi pecho y mi vientre, hasta llegar a mi pubis y al miembro, que había comenzado ya a reaccionar a sus caricias. Puso la mano sobre él por encima de la tela de los calzones y allí la dejó reposar, envolviéndolo en una presa que, más que lasciva, resultaba tierna. Intenté volverme hacia ella, pero me reprimió con un siseo.

—Quédate así, Pedro —la oí susurrar en mi oído con su aliento cálido de alcohol y tabaco—. Simplemente quédate así, niño.

Moví hacia atrás mi mano derecha, que tocó su cadera y su cintura y quedó, finalmente, sobre su nalga, donde mi dedo índice trazó suaves círculos en su piel.

Creo que un suspiro se nos escapó a los dos al mismo tiempo. Ambos asqueados del mundo, ambos extenuados, ambos vacíos, nos sentimos y nos dejamos sentir la piel en aquella caricia mansa.

No era sexo. Era, más bien, algo parecido a la ternura, un intento contra aquella soledad que compartíamos.

Fue la última vez que dormí con una mujer. La última vez que una mujer me demostró verdadero afecto.

En estos días plomizos, procuro rememorar esa noche. Es el último recuerdo digno que conservo. Creo que dormí media hora más. Me vestí en el cuarto en penumbra, con cuidado de no despertar a Miriam.

Ya preparado para marcharme, la contemplé dormir un momento, con el cabello cubriéndole a medias la cara y un brazo fuera del embozo de la sábana, mostrando así un hombro hermoso donde no pude reprimir depositar un beso suave que la hizo sonreír en sueños.

Estuve a punto de dejar algún dinero sobre la cómoda, por las molestias. Sin embargo, Miriam se hubiera ofendido. Y no me apetecía en absoluto ofender a aquella mujer que me conocía tan poco y se había comportado tan generosamente conmigo.

En lugar del dinero, dejé una nota, que decía, sencillamente: “Gracias por todo, Miriam. Eres la única persona buena de esta ciudad”. Después comprobé que no me dejaba nada atrás y salí. Alfonso Uribe también madrugó ese día. Poco antes del amanecer,

seguramente estaba ya en su despacho, vistiéndose con el menor ruido posible para no despertar a su mujer. Se puso sus pantalones de montería, una camisa caqui y unas botas de monte. Abrió su armero. Seguramente estuvo dudando un rato sobre qué arma cogería. Finalmente, se encajó en el cinturón la pistolera con un revólver Orbea, de esos que imitaban al Smith & Wesson del calibre 44. Ocultó el bulto con una pelliza de pana que, al mismo tiempo, le protegería del frío matinal. Finalmente, se metió en el bolsillo un sobre (deformado por el fajo de billetes hasta el límite de su capacidad), un puñado de cartuchos (el revólver era de seis tiros y no sabía a cuántos hombres habría de enfrentarse) y las llaves del coche. El Renault arrancó cuando ya clareaba.

Uribe condujo sin prisas hacia Poniente. Luego tomó el viejo camino de tierra que llevaba al silo de Matías. Pero no llegó hasta allí con el auto. A cien metros de la última curva antes del silo, frenó y, asegurándose de que estaba absolutamente solo, sacó el coche de la carretera y lo internó unos cientos de metros en el pinar de Santa Rosa, como había hecho tantos sábados por la noche.

Dejó el coche allí, entre los árboles, y se dirigió hacia el silo. Pero no lo hizo por el camino, sino por el pinar, a campo traviesa. Desde la colina que dominaba la parte trasera del silo, observó las ruinas, intentando divisar algún vestigio de presencia humana. Todo indicaba que era demasiado pronto para eso. Su reloj de pulsera le confirmó que aún eran las siete y media. Las cosas estaban saliendo conforme a lo previsto.

Bajó hasta el terreno donde estaba situado el silo, sin dejar de echar rápidos vistazos a su alrededor. Conocía perfectamente el lugar. En aquel pozo estaban sepultados algunos de esos elementos, aquellos enemigos de la patria que habían sido borrados del mapa en el 36. Él mismo, en su momento, se había asegurado de que así fuera. Media ciudad lo sabía y la otra media lo sospechaba.

Sacó el sobre con el dinero. Lo puso sobre la chapa herrumbrosa que condenaba el pozo. Buscó, por el suelo, una piedra y la colocó encima del sobre.

Echó otro vistazo en derredor y volvió a irse colina arriba, prosiguiendo con su comedia hasta el final. Pero, tras ocultarse de la vista tras la cima, esperó unos minutos y regresó, ahora más lenta, más silenciosamente. Y, en lugar de rodear las ruinas del silo, se introdujo en ellas por una puerta trasera.

En la penumbra del interior, vio varios muebles, algunos sacos apilados recomidos por las alimañas, el altillo que en su día había hecho las veces de alpende, medio derrumbado por la parte donde se

había desplomado el techo.

Buscó un lugar idóneo: una parte en la que el muro se había deteriorado por el tiempo y las tormentas. Dio un pequeño empujón a uno de los ladrillos y este cedió fácilmente, cayendo al otro lado de la fachada con un ruido sordo contra la tierra aún húmeda por el relente. Sonrió, satisfecho de su sigilo y del acierto a la hora de escoger el tramo de pared. Sacó el revólver y calculó que disponía de una tronera perfecta, con el pozo a la vista y a solo unos metros. Cualquiera que se acercara al dinero estaría a merced de su cañón.

Me figuro que su plan era sencillo. Cuando el extorsionador viniera a cobrarse el rescate, le seguiría hasta su guarida, donde, probablemente, se reuniría con sus compinches. Si, en cambio, no venía un solo hombre sino varios, abriría fuego sobre ellos. Si era posible, dejaría a uno con vida, para poder apretarle las tuercas hasta que confesara dónde estaban los diarios de Ramiro y el otro gemelo.

Uribe se creía más listo que esos cuatro rojos que le habían tendido aquella celada. Saldría airoso de esto, como había salido airoso de todo lo demás. A partir de ahora, tendría más cuidado. Pero, en cualquier caso, acabaría por solucionar limpiamente el asunto.

Felicitándose por su inteligencia y su sangre fría, volvió a consultar el reloj y se dijo que tenía tiempo de relajarse. Guardó el arma y se sentó a esperar sin quitar la vista del pozo.

Muchas de estas circunstancias las deduje con posterioridad. De las demás fui directamente testigo desde mi privilegiado puesto de observación, situado en el alpende, que Uribe, cegado por su propia soberbia o, sencillamente, demasiado idiota para pensar en hacerlo, olvidó inspeccionar con detenimiento.

Alfonso Uribe había madrugado ese sábado. Pero, por desgracia para él, yo había madrugado más. Estaba situado casi en su vertical, tumbado entre dos vigas carcomidas. Su cabezota roja, sus hombros cargados bajo la pelliza, representaban un blanco perfecto. Con cuidado de no hacer ruido, le quité los seguros al arma y apunté. Estuve a punto de disparar, pero no me apetecía nada hacer las cosas de ese modo.

—Las manos donde se vean.

Uribe se quedó helado al escuchar esa voz conocida. Se volvió y, al no ver a nadie, tuvo el acto reflejo de ponerse en pie y echar mano al revólver. Le sobresaltó el disparo que hizo saltar la tierra abajo, a unos centímetros de su pie derecho, y se quedó paralizado por el terror.

—¡Ni se te ocurra!—ordené cuando el eco del estruendo languideció—. Extiende las manos.

Ahora se dio cuenta de que la voz provenía de arriba.

—De acuerdo, de... —se quedó mudo de rabia y de sorpresa al ver mi cara—. Hijo de...

—Quítate la chaqueta —le ordené—. Pero despacito.

Hizo lo que le mandaba.

—Ahora, desabróchate el cinturón y la bragueta y deja caer los pantalones.

Me miró con indignación.

—¿Qué? ¿Qué coño...?

—¡Haz lo que te mando, cojones! —le grité alargando la mano que empuñaba el purito, para que supiera que hablaba muy en serio.

Rezongó algo sobre mis muertos mientras soltaba los pantalones y estos caían, pistolera con revólver incluida, hasta más abajo de sus rodillas.

—¡Las manos a la nuca! ¡Entrelaza los dedos! ¡Deprisa! ¡Ahora de rodillas!

Fue cumpliendo cada una de mis órdenes, cabreado, impotente, resignado.

—Déjate caer hacia delante sin soltarte las manos.

—No me jodas... Me voy a hacer polvo la...

Otro disparo junto a él fue más que suficiente para convencerle de que lo hiciera. Quedó tirado allí, con su gordo culo envuelto en los calzoncillos blancos que ahora ya no eran tan blancos y sus muslos peludos asqueando la vista hasta los pantalones, hechos un ovillo más abajo de sus gemelos. Sólo cuando me hube asegurado de que mordía literalmente el polvo del suelo, salté desde el alpende. Me incorporé rápidamente, siempre sin dejar de apuntarle.

Me acerqué a él y le puse el cañón del purito en la cabeza, para disuadirle de intentar alguna tontería, y, con la otra mano, saqué el Orbea de la pistolera.

Me alejé unos metros, hasta llegar al sitio que él había elegido antes como observatorio y, entonces, más tranquilo, le dije que podía subirse los pantalones si quería.

Se volvió y lo hizo, sentado en el suelo, con lentitud y dificultad humillantes. Ya no era aquel pez gordo de Falange que bravuconeaba y gritaba y manejaba a todos a su antojo en el bar. Ya no estaba tan seguro de sí mismo, ni era tan soberbio ni tan duro ni tan fuerte ni tan poderoso. Ahora era únicamente un gordo humillado y vapuleado, con la cara y la camisa manchada de tierra marrón y una vergonzosa mancha de nicotina en los blancos calzoncillos lavados por su señora.

Con una mano, saqué uno de los paquetes de cigarrillos de Viera, extraje uno y lo prendí. Luego le arrojé el paquete y el mechero al pelirrojo que, siempre sentado en el suelo, encendió también uno.

—Hay que ver... Justo delante de mis narices... ¿Cómo coño no me di cuenta? —se quejó mostrando algo que intentaba ser una sonrisa.

—Porque los tipos como tú sólo se fijan en sí mismos. Como los niños. Lo que tienen alrededor les interesa un comino si no pueden utilizarlo para algo que les sea útil o les divierta.

—Me está bien empleado por fiarme de ti. Joder. Pedro. El amigo fiel. El camarero. El mejor amigo del hombre.

—Vete a la mierda. Ni amigo ni camarero. Es más, ni siquiera me llamo Pedro. Así que ya ves: eso de que acabaste con todos los rojos y con todos los masones...

—Cabrón.

—Pues sí —repuse con serenidad—. Soy el mayor cabrón que ha parido madre. Pero no soy mucho peor que tú.

—Pero, ¿cómo supiste...? ¿Nos seguiste?

—No hizo falta. Ramiro me lo contó. Nos conocíamos de antes. Y lo de Ferrer lo vi por la gatera del almacén del bar. Ya ves... Luego Ramiro vino a pedirme ayuda. Lo demás fue fácil.

—Claro. Y entre tú y tu amigo Viera...

Solté una carcajada.

—Mira que eres imbécil. ¿Todavía piensas que Viera tuvo algo que ver? Joder, sabía que eras maricón, pero no pensaba que fueras tan idiota.

—Oye, yo no...

—No, ya lo sé. Eres un hombretón. Un macho, de esos que sólo es capaz de criarlos la madre patria española. Esa madre patria que os habéis inventado para que los incautos pasen por el aro y vosotros podáis seguir haciendo vuestros negocios mientras le jodéis la vida al personal.

—Vaya, ya salió el discursito del rojerío...

—No. Estás equivocado. Me dais tantas ganas de vomitar vosotros como los comunistas, los socialistas o los de la CNT. Te confieso que alguna vez tuve ideales. Pero, entre todos, os habéis encargado de convertirme en un auténtico hijo de la gran puta.

—Ya. Ahora va a resultar que la sociedad es la que tiene la culpa de que seas un canalla.

Me puse en pie y me paré a pensar un momento. Arrojé la colilla al suelo y le di un pisotón.

—Bueno —concedí, con un leve giro de cabeza—, mira, ahí te voy a dar la razón. No es culpa vuestra. Es mi naturaleza.

Le apunté a la cara y le pegué un tiro. Quedó tumbado de espaldas, con la parte baja del cráneo destrozada en medio de un negro charco de sangre que medró en pocos segundos y el cigarrillo aún encendido

entre los dedos. La bala le había entrado por la parte superior del pómulo, a unos milímetros del párpado inferior. Al salir, le había despanzurrado el cerebelo. Me acerqué y, buscando la vertical, le disparé dos veces más. Una en la frente. La otra en el pecho, a la altura del corazón.

Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, mirando hacia arriba. Ni siquiera me molesté en cerrárselos.

Cogí su pelliza y metí en el bolsillo interior la agenda de Ramiro. Después, simplemente, la arrojé junto a él.

Subí al alpende, cogí el morral y volví a saltar al suelo. Salí de las ruinas y fui al pozo. Por un momento, pensé en la posibilidad de abrirlo y arrojar a su interior el cadáver del pelirrojo. Hubiera sido un gesto hermoso: justicia poética. Pero un gesto demasiado agotador.

Alcé la piedra, cogí el sobre y ascendí la colina. Sin darme cuenta, me había puesto a silbar aquella cantinela que solía silbar Ernesto.

Inspeccioné con atención el coche de Viera. Por un momento, me tentó la idea de volver a por las llaves y utilizarlo para huir, pero ya eran casi las ocho y media. Me cruzaría con gente por el camino y aquel Renault era demasiado conocido en toda la comarca. Así que hice a pie el camino que me separaba de la caseta.

Cogí el contenido de la caja, lo puse en el morral y abandoné la caja allí, sobre el jergón.

Sólo me quedaban unas horas para verme completamente libre de todo aquello, para hacer manitas con Pilar en un tren que nos llevara directamente a Barcelona. Las aproveché en darme un baño completo en la pensión.

Cuando me dirigía al cuarto de baño, doña Gertrudis se extrañó de que hubiese dormido fuera. Le expliqué que había tenido que ir a ver a un familiar enfermo en Almendral del Campo. La vieja, que no sabía que yo tuviese familia en el pueblo de al lado (yo tampoco lo supe hasta que se lo dije), me deseó que mi familiar mejorara. Aproveché para decirle que por la noche volvería allí y que tampoco dormiría en la pensión, porque mi familiar (un tío al que puse el nombre de Santiago) estaba grave y no se sabía lo que podía pasar de un momento a otro.

—Rezaré por él —dijo la vieja—, y también por usted, don Pedro. Ande, vaya a darse ese baño, que se le va a enfriar el agua. Yo le voy a preparar unas migas que no se las salta un guardia... Con tanto susto y tanto trajín, se me va a quedar usted en los huesos, hijo de mi vida...

No lo sabe usted bien, contesté mentalmente mientras cerraba la puerta y comenzaba a desnudarme.

Hasta la noche, nadie repararía en la ausencia de Uribe. Pilar y yo

nos habíamos citado a las tres. La esperaría en el zaguán que daba, al mismo tiempo, a las escaleras de su casa y a la puerta de servicio del bar. A esa hora, el viejo estaría durmiendo. Ella bajaría las escaleras con sigilo. Después saldríamos de allí y nos encaminaríamos a la estación, donde cogeríamos el tren de las cuatro.

A las tres menos cuarto salí de la pensión y caminé, morral al hombro, hacia el bar. Sólo algún perro vagabundo, algún chiquillo que se había retrasado en volver a casa después de un baño en las gélidas aguas del río (el sol había reaparecido a tiempo para el fin de semana) reparó en mi presencia a esa hora de la paz somnolienta de la siesta. De cualquier manera, a nadie le hubiera extrañado verme hacer una vez más ese camino que hacía diariamente una hora más tarde. Y siempre habría una excusa: una pequeña emergencia, un inventario, la necesidad de estar allí un poco antes para ordenar un pedido.

Llegué a la puerta del zaguán cuando el reloj de la iglesia daba las campanadas de las tres y entré, procurando no hacer demasiado ruido. Me situé al fresco, bajo la escalera. Unos segundos más tarde, escuché abrirse con cuidado la puerta de la vivienda. Luego los pasos de Pilar, con sus zuecos en la mano.

Cuando apareció ante mí, me di cuenta de que las cosas no andaban como debían. Llevaba su ropa de diario y en sus manos no había nada salvo el calzado. Lo dejó en el suelo y me abrazó. Me dio un beso y se apartó un poco hasta quedar frente a mí.

—¿Qué es lo que pasa?

—Que no voy, Pedro —se limitó a decir.

—¿Cómo que no vas? ¿Qué coño estás diciendo? Tengo el dinero y...

—No voy, Pedro. No puedo. Sabes que no puedo. Lo sabías desde el principio.

Estuve a punto de borrarle la cara de una hostia. Pero me contuve, en espera de una explicación. Ella tenía su mano en mi camisa y jugaba con uno de los botones. No se atrevía a mirarme a la cara.

—Pedro, yo soy una mujer de aquí. Lo más lejos que he llegado ha sido a Zaragoza. ¿Qué voy a hacer por ahí, por esos mundos? Y, además, tú y yo...

—¿Qué? ¿Tú y yo, qué?

Ahora sí me miró. Puso su mano en mi mejilla y se apretó contra mí con una dulzura inédita en ella:

—Pedro, lo nuestro es lo que es... Nadie me ha hecho sentir tan... tan... tan mujer. Y sé que no te voy a olvidar nunca. Pero si me voy contigo, me voy a arrepentir. ¿Me entiendes, Pedro? ¿Lo entiendes, mi vida?

Lo entendí. Por supuesto que lo entendí. Lo nuestro era lo que era. Y, seguro que, si se iba conmigo, acabaría arrepintiéndose. Era fácil de entender y al fin lo entendí, tras unos minutos de estupefacción.

Me serenó con besos. Besos en los que expresaba la mísera cantidad de amor que, ahora me daba cuenta, era capaz de sentir. Luego esos besos se fueron haciendo más amplios, más profundos. Su lengua buscó la mía mientras nos empujábamos mutuamente hacia el fondo del zaguán.

—Despídete de mí —me decía entre beso y beso, mientras sus manos forcejeaban con mi bragueta—. Despídete bien de mí... Aquí. Ahora. Dame algo para recordar.

Hicimos el amor allí mismo, en pie. Le arranqué las bragas de un solo tirón. La apoyé contra la pared encalada y la alcé por las nalgas. Reprimió un grito cuando la penetré con rabia. Había llegado hasta el fondo de golpe, de un único y brutal empellón. Después continué empujando una y otra vez, con furia, con lentitud, con un dolor inmenso. Ella había apoyado los pies en el lateral de la escalera y se mantenía así encajada en el hueco, con una mano en torno a mis hombros y la otra aferrando una de las tuberías de plomo, intentando que sus gemidos no se hicieran demasiado audibles.

—Así, así, mi amor —susurraba sin cesar.

Noté que estaba llegando al éxtasis. Yo sentí que también estaba a punto de estallar, pero no sabía exactamente si de placer, de ira o de impotencia.

—Te voy a echar de menos, mi amor... —dijo—. Te voy a echar mucho de menos...

Entonces, como otras veces, mis manos dejaron libres sus nalgas y aferraron, como garras, su cuello. Y comencé a apretar y a apretar.

—No me dejes marcas, mi vida —pidió con un hilillo de voz.

Seguí follándola y seguí apretando y apretando. Ya no decía nada. La notaba rígida, forcejeando, sus manos en torno a mi cara, arañándome las mejillas y el cuello, retorciendo mi camisa. Justo en el momento en que me derramé dentro de ella, todo su cuerpo se aflojó y quedó como una ubre vacía, contra la pared, pendiendo sobre el suelo de esa presa que mis manos hacían en torno a su garganta, con el rostro enrojecido y tenso, deformado por la horrorosa mueca de la muerte.

—No, mi amor —le dije aproximando mis labios a los suyos, besando aquella boca desmesuradamente abierta de la cual ya no brotaba aliento alguno—. No te dejaré marcas.

La solté y se desplomó como un fardo, con la espalda contra la pared, la cabeza hacia un lado, el cabello desordenado cubriéndole la

cara, las piernas abiertas. Entre ellas, en el suelo, el semen y sus últimos fluidos se mezclaban en un charquito miserable, como un chisguete de mercurio en medio de un escupitajo.

Me sequé el sudor y las lágrimas con las mangas de la camisa, cogí el morral y salí de allí a toda prisa. Los arañazos de mi cara y mi cuello comenzaban a hincharse cuando llegué a la estación. Compré el billete ante la mirada suspicaz del taquillero y fui a los baños, a refrescarme. El agua fría me produjo, antes que alivio, escozor.

Consulté una guía ferroviaria y vi los horarios de los trenes que salían desde Barcelona. A medianoche salía uno a Puigcerdá. Desde allí no sería complicado pasar a Francia.

Fui a una de las cabinas de la estación, telefoneé al hombre de Barcelona y le dije que necesitaba los papeles cuanto antes.

—Los de la chica no están listos aún —protestó.

—Los de la chica dan igual.

Se hizo un silencio turbio al otro lado del hilo.

—No te preocupes. Te pagaré el trabajo igualmente.

—Está bien, compañero. No hay problema. ¿A qué hora vienes?

—Supongo que estaré ahí antes de la noche.

Me senté en un banco a esperar la llegada del tren, entre una señora enlutada que custodiaba un capazo con patatas y unos estudiantes que, según pude entender de sus conversaciones, iban a Tarragona a pasar el fin de semana en casa de unos amigos. Hablaban en camelo, pero se les notaba a la legua que planeaban pasarse la noche de picos pardos. Yo me di cuenta enseguida. La señora también. Me lo indicó con una mirada cómplice y un meneo de cabeza, como si se estuviera quejando de lo mal que estaba la juventud. Yo hice una mueca y asentí, dándole la razón.

Si usted supiera, señora, pensé echando hacia atrás la cabeza y cerrando los ojos. Unos segundos más tarde, se escuchó acercarse el tren.

Subí a uno de los últimos coches y tomé asiento en un banco de ventanilla. El vagón iba casi vacío, a excepción de unos cazadores y dos ancianas que conversaban a media voz. Justo cuando el tren arrancaba, vi entrar en el andén al cabo Fagundo, con dos números. Venían a toda prisa, con la evidente intención de detener el tren. Cuando se dieron cuenta de que ya no alcanzarían la máquina, corrieron a la caseta del jefe de estación. La relación entre la muerte de Pilar y mi repentina desaparición era algo bastante plausible. Blanco y en botella es leche, hubiera dictaminado Uribe. Pensaron que la había violado antes de matarla. De un degenerado se podía esperar cualquier cosa. Sé la película que se estrenó en sus cabezas

inmediatamente: el hombre torvo, oscuro y solitario, acechando durante meses y meses a una pobre señora inocente, hermosa y joven, hasta que al fin no puede más y toma por la fuerza lo que nunca le será otorgado por derecho. Luego, espantado ante su propio gesto, el muy vil remata su obra con un ruin asesinato y, torpemente, intenta escapar en tren.

Conocía el procedimiento. Fagundo habría dado por teléfono mi descripción y el aviso de busca y captura. Cuando el tren parara en la siguiente estación (la de Almendral del Campo), lo sellarían y lo registrarían de arriba abajo, identificando a todos y cada uno de los pasajeros hasta dar con el sospechoso.

Pero este sospechoso tenía de tonto lo que Fagundo de listo y, un kilómetro antes de que el tren llegara a Almendral, se arrojó desde el último vagón a un prado, sin sufrir más que unos rasguños.

Ellos, con la ayuda del testimonio del taquillero, estaban seguros de que yo había subido a ese tren y de que me creía a salvo. Para cuando acabaran de inspeccionar todos los coches y se percataran de que no me encontraba allí, ya serían más de las seis de la tarde. Así que disponía de algún tiempo para preparar mi jugada.

Y esa jugada no me la esperaba ni siquiera yo mismo.

Almendral del Campo, más que pueblo, era aldea. Un grupo de casitas enjalbegadas en torno a una plazuela flanqueada por la iglesia, el edificio del Concejo vecinal y el cuartelillo de la Guardia Civil, donde había solo dos guardias y un cabo. Ese núcleo, en torno al cual había un almacén, dos bares y algunos comercios más, era el centro neurálgico de un valle salpicado por pequeñas explotaciones dedicadas, principalmente, a la ganadería. De hecho, si el tren paraba allí era, sencillamente, porque estaba casi en medio del camino a otras poblaciones de mayor importancia.

Esperé en el monte a que anocheciera y bajé a la aldea con cuidado de no tropezarme con nadie. No me fue difícil internarme entre las casas y encontrar, en la callecita que había tras la iglesia, el negocio que buscaba. Miré el rótulo, rústico y pobre como la fachada: Jiménez. Guarnicionero.

Comprobé que no había nadie cerca y di tres golpes con la palma abierta en la puerta de roble. Jiménez debía de estar abajo, en el taller, porque no tardó en descorrer el cerrojo y abrir. Entonces, a la luz proveniente del interior, me enfrenté a un rostro cetrino, de ojillos cansados y profundas arrugas. Con el cabello gris y ralo, peinado a un lado, el hombre permaneció mirándome en silencio, con un sacabocados en la mano que se apretaba contra su mandil de cuero.

Ahora que había llegado hasta allí, no sabía bien qué decirle. Le di

las buenas noches y correspondió. Luego volvió a hacerse el silencio.

—Usted dirá —dijo el anciano cuando se cansó de esperar.

—¿Usted es el padre de Ernesto?

Hubo una punzada de horroroso dolor en el rostro del viejo. Finalmente asintió.

—Yo fui amigo suyo.

El padre de Ernesto se llamaba Roque. Había sobrevivido a la guerra y a seis años en prisión. Había logrado (a fuerza de comportarse "correctamente", de "ir a misa", de "tratar con respeto" a las fuerzas vivas) reabrir su pequeño negocio y que los derechistas del pueblo olvidaran sus rencillas y le hicieran encargos de nuevo, aunque siempre con la tirantez soberbia de la caridad pintada en sus gestos cuando tocaba pagarlos. Había conseguido que un halo de silencio se cerniese sobre su pasado. Pero más le hubiera valido no conseguirlo. Ahora era un hombre solo. Sin mujer. Sin hijo. Sin dignidad.

Me habló de todo esto mientras tomábamos una sopa en la cocina que hacía también las veces de comedor. Al decirle que había estado con Ernesto en el monte, me había franqueado el paso a la vivienda y había insistido en que me quedara a dormir.

—Cuando a uno le matan a los padres, puede decir que es huérfano —observó ahora, parando de comer—. Cuando le matan a la mujer, dice que es viudo. Pero, cuando a uno le matan a un hijo, ¿en qué se convierte? —me clavó los ojos, con una expresión que se me hacía difícil soportar—. Dígame, don Pedro, ¿qué es de uno cuando le matan a un hijo? ¿Qué soy yo?

Tuve que limitarme a asentir. Al menos, ese gesto me proporcionaba la posibilidad de no verme obligado a mantenerle la mirada.

—¿Hasta cuándo estuvo allá arriba?

—Hasta hace tres años.

—¿Y siempre con Ernesto?

—Desde el 40. Nos juntamos dos partidas.

Seguimos comiendo durante un rato. Luego, sin dejar de darle a la cuchara, el viejo preguntó:

—¿Luchó bien?

—¿Ernesto? Como el mejor. Los tenía bien puestos. Y siempre riéndose y silbando, como si la cosa no fuera con él.

—¿Usted estaba con él cuando... cuando...?

Di un suspiro. Justamente había tomado la última cucharada de sopa y fui yo quien ahora se quedó mirándole fijamente.

—Sí. Estábamos juntos.

—¿Cómo fue?

—¿De verdad quiere saberlo?

—Sí.

—Nos sorprendieron durmiendo. Guardias civiles. Alguien del pueblo debió de irse de la lengua. Dos se quedaron atrás, conteniéndolos. Ernesto y yo nos rezagamos en la escalada. Los dos de abajo cayeron enseguida. Nos pisaban los talones. Cuando llegamos a la cima, Ernesto me pidió el naranjero para disparar una ráfaga. Se asomó al precipicio y entonces fue cuando le dieron. Cayó al instante, pero, antes, lanzó una ráfaga. Se llevó a unos cuantos por delante, eso se lo aseguro.

Conté todo aquello como si realmente las cosas hubieran sucedido así. Y me sentí bien al hacerlo. Incluso experimenté cierto consuelo cuando noté el orgullo mezclado con el dolor que cruzó el semblante del guarnicionero.

Acabó su plato en silencio. Llevó la loza a la pila, volvió y se puso a liar un cigarrillo.

—Y, dígame una cosa, Pedro, ¿cómo es que le ha dado ahora por venir por aquí?

—No pude hacerlo antes. Ahora estoy a punto de irme del país. Me dirijo a Barcelona. Desde allí, vaya usted a saber adónde. Pasaba por aquí y no me quise ir sin conocerle.

No me creyó. Lo leí en sus ojos.

—Le están siguiendo, ¿verdad?

El viejo era más listo de lo que yo pensaba. Con un silencio, le di la razón. Él soltó una carcajada.

—Y usted viene a esconderse precisamente a la casa del rojo del pueblo...

Se le fueron apagando las carcajadas y recapacitó.

—Si le están buscando por aquí, será el primer sitio donde miren.

—No me buscan por aquí. Pensaban que iba en el tren de las cuatro a Barcelona.

—Mañana por la mañana hay otro. A las nueve.

—Podría haber suerte. ¿No hay guardias en la estación?

—Suerte, lo que es suerte, tiene usted mucha. Normalmente sí está uno de los guardias allí. Pero mañana, casualmente, hace la primera comunión la hija del cabo. Con lo cual, seguro que estarán los tres en la iglesia. Al final vamos a tener que estar agradecidos a la Santa Madre Iglesia y sus sacramentos —añadió, soltando otra de sus carcajadas generosas.

Roque tenía la risa limpia de los hombres justos. Y adiviné que, de ordinario, no tenía muchas oportunidades de demostrarlo.

Llevaba tres días sin afeitarme. El domingo, hacia el amanecer, lo

hice, dejándome un bigotito fino. Mientras Roque se daba un paseo hasta la estación, me afeité también la cabeza. Luego me puse un traje gris que el viejo me prestó. Era un traje de domingo, con el que la corbata de rayas blancas y negras hacía juego. Por último, cambié las cosas desde el morral a un maletín de cuero que el viejo tenía a la venta en su taller desde hacía tiempo.

Las armas las dejé dentro del morral, que arrimé a un lado en el pañol del taller. A partir de ese momento, sería más prudente no ir armado.

Al regresar, el viejo se me quedó mirando unos momentos, sorprendido, antes de decirme que, efectivamente, en la estación solo estaban el jefe, el taquillero y el telegrafista.

Nos deseamos suerte y yo le di las gracias.

—Salud, compañero —dijo a modo de respuesta antes de estrecharme en un abrazo.

Caminé hacia la estación por la parte trasera de la plaza, procurando no llamar la atención y preguntándome cuánto tardaría el guarnicionero en encontrar las cinco mil pesetas que yo había dejado en su mesilla de noche, junto a una nota de agradecimiento y el aviso de que había abandonado en su pañol la pistola y el revólver.

No había ni un alma en la estación. El taquillero mostró algo de sorpresa, pero debió de pensar que yo era un viajante de comercio que se había quedado rezagado. Aproveché para telefonear al hombre de la calle de La Sal.

—Te estuve esperando hasta medianoche —me dijo en cuanto reconoció mi voz.

—Hubo algún contratiempo.

—Si tienes contratiempos, déjalos ahí. No te los traigas cuando vengas.

—Tranquilo. Ahora todo está bajo control. Tengo que colgar, ya viene el tren. Nos vemos dentro de un par de horas.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

En el tren no hubo tropiezos. Tomé un asiento de ventanilla en el último coche. No había nadie junto a mí. Aproveché para ver pasar el paisaje, para mecerme con el traqueteo del tren. Tal vez me durmiera un rato. Desde el jueves, no había dormido demasiado. Pero sentía más cansancio que sueño. Y ese cansancio, se mezcló con una especie de estado hipnótico, una lasitud que me llevó a relajarme, acaso en exceso.

No obstante, qué demonios, era una mañana luminosa de domingo y yo estaba vivo. Había asesinado a un amigo de la infancia, pero

estaba vivo. Había hecho que descubrieran a un enlace, pero estaba vivo. Había extorsionado y acribillado a un tipo que, no por ser un cerdo, dejaba de ser un pobre diablo, pero estaba vivo. Había estrangulado a una mujer por la que sentía lo más parecido al amor que he llegado a sentir en mi vida, pero estaba vivo. Estaba vivo y tenía dinero. Estaba vivo y en unas horas sería libre. Estaba vivo y, por primera vez en quince años, era un hombre con algo parecido a un futuro.

Podría dejar atrás de una vez todo esto y buscar otro sitio donde echar raíces y ser feliz. Montar algún negocio con que entretenerme. O, simplemente, administrar e invertir bien aquel dinero que llevaba conmigo. Podía buscar un sitio limpio y tranquilo donde vivir. Conocer, acaso, a una mujer. Una buena mujer en la que poder confiar y a la que aprendería a querer. Quién sabe. A lo mejor hasta tendría hijos. Por primera vez en quince años tenía ante mí algo semejante a un futuro.

Pensaba en todo esto mientras el tren se iba adentrando en la provincia de Barcelona. Quedaban tres estaciones para llegar a la ciudad, cuando subieron. Lo hicieron casi al mismo tiempo.

Primero los vi a ellos, a los dos hombres de chaquetones grises. Parecidos a los que habían registrado el cuarto de Viera. Con el mismo ademán distante y similar insolencia impertérrita en los ojos. Me maldije a mí mismo por haber dejado atrás las armas. Sentí mi esfínter bailar la danza de las cosechas, pero disimulé bien la inquietud hasta que se sentaron unos sitios más adelante. No me buscaban. Simplemente iban de paso y habían decidido aprovechar las ventajas del transporte gratuito.

Después subió ella. No quedaba más sitio en el coche y tuvo que sentarse frente a mí, en contra de la marcha del tren. Era muy joven, casi una chiquilla. Llevaba un traje gris de dos piezas, con falda de tubo hasta las rodillas y chaquetilla cruzada, por la que asomaba el cuello de una camisa de seda blanca. De piel clara, con las mejillas arreboladas, recogía sus cabellos negros en un moño. Llevaba gafas de carey ante unos ojos almendrados que no parecían necesitarlas. Evidentemente, se trataba de una universitaria. También era posible que fuera bibliotecaria o maestra, pero, por su edad, me pareció poco probable. En cuanto hubo tomado asiento abrió el libro que llevaba bajo el brazo y cuyo título nunca averigüé.

Acababa de pensar en la posibilidad de encontrar una mujer digna de ser amada y ahora tenía ante mí a aquella chica que debía de tener la misma edad que Pilar. Reparé en ello y un profundo estilete se me clavó en la boca del estómago. Aquella chica hubiera podido ser Pilar.

Si no hubiera nacido en aquel nido de serpientes, si hubiera tenido unos padres con otra situación económica, Pilar podría no haber terminado entre las zarpas de un tipo como Torres, ni tampoco arrojándose en los brazos de un hombre en el que confiaba hasta el punto de ofrecerle el cuello para que él lo despedazara con su orgullo de macho herido, con su despecho de niño malcriado al que se le niega un juguete.

Cómo iba yo a encontrar a una mujer digna de amor. Y, sobre todo, cómo iba yo a merecerla, con mis manos embarradas en sangre, con mi alma llena de despecho, con mis noches plagadas de fantasmas.

Me engañaba a mí mismo. Ya no había futuro. No había casa a la que volver ni lugar al que huir, porque, simple y atrozmente, ya no estaba vivo. No era más que un ser para la muerte. Para qué quería librarme, para qué quería el dinero si no era más que un muerto en vida, un purulento saco de bilis disfrazado de hombre.

Recordé su olor a sudor, a jabón de barra. Recordé el regusto de su saliva, de su sexo. Volví a olerla, a tener su sabor en la boca. La punzada de dolor era ahora un nudo que amenazaba con romperme la garganta. Noté que comenzaba a asfixiarme. Me aflojé la corbata. Debí de ponerme muy pálido, porque la chica me miró con expresión de alarma.

—¿Se encuentra bien, caballero? —me preguntó. Terminé de aflojarme la corbata.

—Sí, muy bien, señorita. Muchas gracias.

Ella volvió al libro tras esbozar una sonrisilla tímida. Sí, Pilar podría haber sido esa universitaria. Y esa universitaria hubiera podido ser Pilar. En cualquier caso, Pilar ya no sería nada. Pilar no era ya nada, porque yo la había matado.

Todo era mierda.

Me puse en pie y pedí permiso a la joven para pasar. Ella retiró los pies. Avancé por el vagón como un autómata, asiéndome a los respaldos de los asientos.

Luego dijeron eso de que tras arduas investigaciones, al fin las fuerzas del orden habían capturado al sospechoso en su huida. Pero lo cierto es que no hubo arduas investigaciones, ni fuerzas del orden capturando a nadie, ni tan siquiera huida.

Sencilla, atroz, absurdamente, hubo un hombre que se situó ante los dos agentes de paisano y les preguntó a bocajarro si eran policías. Cuando ellos, tras consultarse con la mirada, asintieron en silencio, él adelantó las manos con su maletín en una de ellas y dijo:

—Quiero entregarme.

Al amanecer vendrán a por mí y escucharé pronunciar mi nombre por última vez.

Sólo me juzgaron por lo de Pilar. Yo era culpable. Pero si no lo hubiese sido, hubiera dado exactamente igual. La acusación fue la de robo, violación y asesinato. Todo con premeditación y alevosía, por supuesto. El cargo de robo se debió a la fuerte suma de dinero y a las joyas que yo llevaba en el maletín. Los sagaces investigadores dieron por supuesto que el dinero y las joyas pertenecían a Torres y a su difunta esposa. Cuando se los "restituyeron", el afligido viudo no se molestó en intentar negar que todo aquello fuera suyo. Yo tampoco. Durante el juicio dije que sí a todo. Tenía ganas de acabar con toda aquella farsa de una vez.

El resto del discurso oficial estaba bien claro. A Ferrer le había asesinado Ramiro para robarle. Después, acorralado y exhausto, Ramiro se había suicidado. En cuanto a Uribe, había muerto heroicamente, intentando capturar a unos miembros del maquis que le habían tendido una cobarde emboscada mientras él les perseguía. Pusieron su nombre a una calle de la ciudad y procuraron olvidarse rápidamente de él.

La de Uribe era una verdad demasiado incómoda. Supongo que Facundo tuvo mucho que ver en la forma en que echaron tierra sobre ella. Le imagino poniendo cara de estar oliendo mierda mientras utilizaba las notas anónimas y la agenda de Ramiro para prender la estufa.

Así que al fin todo está en orden. Todo está compartimentado, dividido y arreglado y puesto en su sitio. Aquí, unos cadáveres. Allá, un rojo huido. Más acá, el asesino, la bestia, el criminal. Y cerca, muy cerca de él, un pequeño patio sombrío donde un poste espera tras una banca a que sienten en ella a ese animal inmundo para ajustarle la golilla.

Está bien. La muerte no me asusta. Llevo tantos años coqueteando con ella, que ya hasta nos tuteamos. En el fondo, será como darme un paseo con una vieja amiga.

Todo está como debe estar. Y, sin embargo, no saben que no han triunfado. No saben a quién tienen en prisión, a quién van a ajusticiar. No saben que ese nombre, el nombre del hombre a quien ejecutarán, no es el suyo. Sí, acabarán con el rufián, con el violador, con el asesino. Pero no con el combatiente. El combatiente no murió. Con ese no pudieron. Entre los miles y miles de nombres que ellos pudieron tachar de sus miserables listas, no figura el mío. Ni siquiera en este cuaderno (que sé que algún burócrata enterrará como enterraron la agenda de Ramiro), hay pista alguna que pueda llevarles a

descubrirlo.

Así que si no eres amigo, sino un policía, un juez o cualquiera de esos facciosos, ten clara una única cosa: no sabes a qué guerrillero estáis matando. Jamás sabrás, jamás lograrás averiguar quién es el combatiente al que habéis matado.

Y si eres de los otros, de los de Radio Pirenaica y el amigo soviético, tampoco te voy a dar el gusto de reivindicar mi nombre, porque jamás lo conocerás. Hazte a la idea de que morí en el monte, el mismísimo día en que nos vendisteis mientras trasegabais vuestro Pernod y vuestro Chartreusse.

Esa es la última gran hijoputada que le hago a este país de mierda, que tuvo todas las oportunidades y todas las estropeó por miedo; este país putrefacto y hediondo donde la gente solo es capaz de colaborar para hacer el mal; este país infecto al que la tierra debería tragarse para borrarlo del mapa y de la historia, con sus beatas, sus meapilas y sus burgueses cobardes, sus caciques abusones y sus ignorantes lamebotas.

Me lo arrebatasteis todo: la ilusión, la juventud, la confianza, las ganas de vivir, la capacidad de amar. Me lo quitasteis todo, salvo este último placer, esta definitiva e íntima venganza: la de mantener mi verdadero nombre en secreto, la de que mi verdadero nombre continúe siendo, para siempre, mío.

Las Palmas de Gran Canaria, 22 de marzo de 2007—14 de agosto de 2009

AGRADECIMIENTOS

Debo agradecer al escritor José Luis Ibañez el conocimiento de la existencia de un estraperlista en la calle de la Sal (justamente donde ahora se halla situada la emblemática librería Negra y Criminal), además de su infinita paciencia al asesorarme sobre la Barcelona de aquellos años. Deseo expresar también mi agradecimiento a Nayra Pérez, Inma García, Eugenio Fuentes, Thalía Rodríguez, Jokin Ibáñez y Toñi Ramos, cuyas sugerencias contribuyeron a una notable mejora del manuscrito.
A.R.

E STE LIBRO ESTÁ IMPRESO

ÍNTEGRAMENTE EN PAPEL CERTIFICADO FSC. (PAPEL EXTRAÍDO DE EXPLOTACIONES DE BOSQUES SOSTENIBLES)

EL USO DE ESTE PAPEL REFLEJA NUESTRO COMPROMISO CON EL MEDIO AMBIENTE.